



URGANDA LA DESCONOCIDA.

Comedia de magia, original, en cinco actos, en prosa y verso, por D. Francisco Sanchez del Arco, representada con grande aplauso, en el teatro de Novedades, en el mes de Diciembre de 1864.

(TERCERA EDICION, NUEVAMENTE CORREGIDA.)

PERSONAJES.

ACTORES.

URGANDA..	Doña Cándida Dardalla.
ELVIRA..	Rafaela Garcia.
VENUS..	Emilia Ruiz.
BRUJA 1. ^a	Manuela Moral.
IDEM 2. ^a	Concepcion Solis.
IDEM 3. ^a	Josefa Lopez.
IDEM 4. ^a	Cipriana Cañada.
CUPIDO..	Dolores Recio.
FERRANDO..	D. ANTONIO ZAMORA.
CONDE DE LERAN..	José Garcia.
SOMBRA..	Juan Garcia.
SIMPLICIO..	Manuel Castelló.
BERTRAN..	José Guerrero.
DIONIS..	José Maria Justo.
GINÉS..	Juan Vazquez.
GASCON..	Ricardo Calvo.
BACO..	Luis Masoli.
DUEÑA 1. ^a	Urbano Obon.
IDEM 2. ^a	Julian de Castro.
CARCELERO..	Isidoro Bardo.
	Ignacio Mur.

Soldados, escuderos, bacantes, ninfas, sátiros, enanos, músicos, alguaciles, gente del pueblo, furias infernales, coro y acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

Salon corto en el castillo de Fraga.

ESCENA PRIMERA.

Empiezan BERTRAN, GINÉS, DIONIS y GASCON con bota y vasos.

BER. Brindo por la noche de San Juan.

TODOS. Viva!

GIN. Quien en noche de San Juan encuentre allá en la enramada

una hermosura adorada,
que le espera con afan,
salte de gozo.

Mas si en vez de efectos tiernos
al acercarse á la reja
asomada vé á una vieja
ó atados algunos cuernos,
échese al pozo.

TODOS. Bravo! Bien!

BER. Arriba! (beben todos.)

Es verdad; lo bueno ó malo que hoy, víspera de San Juan
acontezca á uno, eso mismo le está sucediendo por todo
el año consecutivo.

GAS. Cierto.

BER. Por eso yo, que cuido de pasarme esta pícara vida
lo menos malamente que puedo, me afianzo hoy á esta
pelleja henchida de aloquillo.

DIO. Así disfrutarás todo el año de los placeres del vino.

BER. Cabal.

TODOS. Bravo!

BER. Vaya otra randa; mientras tanto repítenos un
tus coplas.

TODOS. Sí, sí.

GIN. Quién al saltar por encima
de las hogueras terribles
por causas incomprensibles
ni se quema ni lastima,
salte de gozo.

Mas si al cruzar la fogata
sus miembros el temer crispa,
y la llama de una chispa,
ó le quema ó le maltrata,
échese al pozo.

TODOS. Já! Já!

BER. Y cierto, que el mejor recurso en tales casos, es el
de arrojarse de cabeza en un pozo.

DIO. Silencio!.. (Mirando á dentro.)

TODOS. Qué hay?

DIO. Que el Conde se dirige á esta sala.

GIN. Y que mala cara trae.

BER. Pues separémonos.

DIO. Bien pensado.

GIN. Ya está aquí. (Todos se descubren y ocultan los va-
sos y las botas.)

ESCENA II.

Dichos, el CONDE.

CON. Despejad.

*(Se van todos saludando con mucho respeto, menos Bertran á quien detiene el Conde.)*Tú no; tengo que hablarte.
Se fueron ya?

BER. Sí, señor.

CON. No turbe algun importuno ..

BER. No queda, señor; ninguno;
podeis hablar sin temor.CON. Está bien. Responde; á Elvira
hablastes esta mañana?¿Se muestra menos tirana
á la pasion que me inspira?

Qué ha contestado, Bertran?

Qué ha dicho á la tierna fé

con que á verla te envié

para esplicarla mi afan?

Sin duda te recibió

modesta, ruborizada,

y á mi pasion declarada,

alguna esperanza dió...

BER. Señor!...

CON. Mi muerte colijo...

Me engañé?

BER. Al cielo pluguiera

que alguna esperanza diera!

CON. Conque lo?

BER. Que no, me dijo.

CON. Oh rabia!

BER. Con el donaira

que vuestro amor recité,

de juro no me esperé

que me hiciera tal desaire.

Mas no bien hubo mi labio

espuesto lo que queria,

cuando de mi se desví

cuál si escuchase un agravio:

«Que no, le decid al Conde;

me dijo; que mi decoro

no se compra con el oro

que en sus palacios esconde;

y si fuí á su amor esquivada

desde hoy le aborrezco más,

y añá dele, que jamás

ni me salude, ni escriba.»

CON. Con que ninguna esperanza?...

BER. Ningun recurso que pueda...

CON. Oh! si, el último nos queda...

BER. Cuál es?

CON. El de la venganza.

BER. Ferrando...

CON. Cómo?

BER. Un doncel

que la enamora rendido,

y segun he presumido

os aborrece por él.

CON. Cuando en toda la comarca

no existe pechero ó noble,

que la rodilla no doble

al verme, como á un monarca;

cuando mi aliento me abona;

cuando he cortado á cercen

cabezas de cien en cien

al golpe de mi tizona;

cuando mi heróica pujanza

no encuentra competidor,

ni quien resista el vigor

del bote atroz de mi lanza;

¿he de sufrir que destroce

este mi pecho cautivo,

y con que desden altivo

en verme penar se goce?

No, no, que resuelto estoy.

Por grado ó fuerza ha de ser...

Esta noche he menester

me sigas á donde voy.

BER. Intentais robarla?

CON. Cierito.

BER. Pero Ferrando...

CON. Qué importa?

Mi espada acaso no corta?

BER. Entonces le doy por muerto.

CON. No, que fuera accion cobarde.

Si le arrebató la dama

qué más?...

BER. Pues segun su fama,

quizás quiera hacer alarde...

CON. Calla.—La gente dispon

que armada, segun costumbre,

á Elvira cante á la lumbre

debajo de su balcon.

Y entre el canto y el bullicio

de esta noche de San Juan,

se puede... entiendes, Bertran?

BER. Entiendo!

CON. Valor y juicio. *(Vase.)*

BER. Juicio y valor... cosa llana

cuando tú nos das lecciones.

Comienzen los tropezones

de esta noche toledana. *(Vase.)*

MUTACION:

Esterior del Castillo de Fraga; murallas al poro y en el centro el torreón de la fortaleza.—A la derecha la casa de Elvira, con puerta y ventana practicables; la ventana está rodeada de ramas y flores, formándose con ellas una enramada; varias fogatas por lá escena; se oye repique de campanas y músicas lejanas; centinelas paseándose encima de la muralla. A un lado y otro del teatro, y proximamente al centro del mismo, dos postes de seis palmas cada uno, con su argolla; varias personas pasean por la escena, y los chicos saltan por cima de las fogatas.

ESCENA III.

TEMBLEQUE, FERRANDO y las gentes del pueblo y chicos.

TEM. Señor, los enamorados son la peor gente del mundo... Su vida es tan mala como la de los salteadores. No sé como se persigue á los que roban y matan en despoblado, y nada se dice á los que en poblado, por quitarme allá esas pajas, andan á cuchilladas y á tajos; á los que roban el sueño á padres y á maridos; y sobre todo, á los que matan de cansancio á sus escuderos. Es buena vida esta, señor? Pues que me emplumen, si no es la que traemos seis meses há!... Pero nada, no me oye.

FER. Te estoy escuchando, y no sé como te dejó hablar, *(Amenazándole.)*

TEM. Pues para eso valiera más que no me escucháras.

FER. Quieres que deje á mi Elvira, á mi Elvira, á quien amo con todo mi corazón?

TEM. No digo tal; y Dios me libre de incurrir en tan pecaminosa tentacion! Quiera, ame, idolatre, despepites y el

Urganda la desconocida.

hágase una jalea por ese su adorado echizo; pero téngame lástima siquiera. No he nacido para astrónomo, pero de tanto observar la luna y las estrellas, sé más astronomía que el que la inventó...

FER. Tú!

TEM. Yo, sí señor.

FER. Imbécil!

TEM. Mirad, cuando comienzo á guardarle las espaldas, están allí las siete cabrillas; y cuando nos retiramos...

FER. Callarás?...

TEM. Y luego, esta noche! Esta noche, señor, que andan las brujas desatadas!... Quiera Dios que no nos lleven por esos aires volando!

FER. Qué me importa?

TEM. Pues á mi si que me importa! Cáspita! Yo soy muy terrestre, terrestísimo, para que guste de hacer piruetas por encima de los tejados. (*Aparece Elvira en la ventana dirigiéndose á la escena.*)

FER. Ya está allí mi Elvira. (*Aparece en la ventana.*)

TEM. (*Dirigiéndose á la ventana.*) Y me deja con un palmo de narices! Señor... señor... Cómo ha de ser? Paciencia! Si al menos esas músicas y esas gentes se acercasen hácia aquí, pasaria el rato menos aburrido.

ESCENA IV.

Dichos y ELVIRA á la ventana.

ELV. Ferrando mio!

FER. Mi amado dueño!

ELV. Con tanto empeño

no te aguardé

en la ventana

donde solía

en otros días

mostrar tu adi

FER. No puet en qu,

mi dulce lypres,

con quien suspira

llo de amor;

con quien su dicha

mira lograda,

si en tu enramada

pone una flor.

ELV. Para que vivas

mas satisfecho,

sobre mi pecho

yo la pondré,

que no merece,

quién tal se afana,

que en la ventana

quede su fé.

FER. Eres mi vida,

luz de mis ojos,

de mis enojos

grato solaz;

en tu mirada

al pecho ansioso

iris dichoso

de amor y paz.

ELV. Mucho, Ferrando,

mi amor te inflama;

grande es la llana

de tu pasión...

TEM. (Mucho me cansa

tanta postema;

grande es la flema

de mi señor.)

FER. Tan bella y pura,

quien al mirarte

puede dejarte

niña, de amar?

TEM. (Y quién, si espera por tiempo tanto, deja entretanto de bostezar?)

FER. Venga la aurora vertiendo flores, gracias y amores, dichas sin fin; venga envidiando tu frente pura, y esa hermosura que adoro aquí.

TEM. (Venga la aurora abriendo tierra una taberna ó un bodegon; venga, que quiero refocilarme, y á pecho echarme un vaso ó dos.)

ELV. Sí, mi Ferrando; tan seductoras vuelan las horas que estás aquí, que las diría parad el vuelo! sed mi consuelo por años mil.

TEM. (Y yo diría: horas, á escape, que no me atrape el alba aquí. Mas de que acaben no veo asomo; horas de plomo son para mí!)

FER. No sé que triste presentimiento adentro siento del pecho yo! No sé que turba la grata calma que, Elvira, al alma siempre inundó!

ELV. Serán quimeras que amor es niño...

FER. De tu cariño constante y fiel fuera menguado si así dudase, ó imaginase tu fé perder.

ELV. Nada receles, Ferrando mio; que el albedrio de esta infeliz, es solo tuyo, sin que en lo humano consiga ufano nadie rendir.

TEM. (Ya me amodorro, ya me esperezo, despues bostezo... por .. la... señal... (*Santiguándose.*) Ya me despierto, Ya me sacudo... de sitio mudo... esto vá mal!)

FER. Lo juras?

ELV. Juro.
 FER. Oh! dicha!
 ELV. Cierta.
 FER. Qué dices?
 ELV. Muerta
 quede si no.
 FER. Feliz!!
 ELV. Mas dime...
 FER. Te adoro.
 ELV. Oh suerte!
 FER. Si no, la muerte.
 ELV. Qué?
 FER. Aguardo yo.

ESCENA V.

Dichos, EL CONDE, Comparsa de coristas, BELTRAN, GINES,
 DIONIS y GASCON.

TEM. Música hácia aqui? Guapo! Así tendré con que es-
 pamtar el sueño.

(Los coros cantan las estrofas siguientes: concluidas
 dan las doce en el reló de la torre del castillo; á la 1.^a
 campanada emprenden una lucha con Ferrando y Tem-
 bleque, los vencen y los amarran á los postes: parte de la
 comparsa ha seguido al Conde que ha entrado en la casa
 de Elvira, y salen al momento con ella desmayada y
 atraviesan el teatro de una parte a otra. Máchanse todos
 detras del Conde y queda la escena sola con Ferrando y
 Tembleque, los centinelas del castillo han desaparecido, y
 la escena ha quedado completamente á oscuras.)

ESTROFA PRIMERA.

Suspira de amor Elvira
 junto al apuesto galan,
 sin cuidarse que amenaza
 su frente la tempestad.

CORO.

Pero no hay miedo,
 Que dicha habrá
 para la bella
 que sin igual
 al mundo vino
 á amar y amar.

ESTROFA SEGUNDA.

Mas cuando el alba despierte,
 su hermosura celestial
 en los brazos de otro amante
 prendida se encontrará.

CORO.

Pero no hay miedo
 que dicha habrá, etc.

TODOS. Las doce!!!

ESCENA VI.

FERRANDO, TEMBLEQUE.

TEM. Señor, se fueron ya?
 FER. Oh! rabia! Y se la llevan! Por qué no me asesinan,
 villanos? Nada, no puedo romper estos cordeles...
 TEM. Conque tambien os han amarrado? No os dije, señor,
 que pareciamos gente de la mala vida?
 FER. Vive Dios! Y no poderme vengar!
 TEM. Paciencia, señor, paciencia!
 FER. Quién sufre?...
 TEM. Al menos de vos, se puede decir aquello de... «Si
 buenos peladeros de pava me ganaba, buenos cordeles
 me cuestan;» pero de mi?

FER. Y mi Elvira? Oh! desesperacion!
 TEM. Yo, que no soy el enamorado!...
 FER. Y no hay esperanza!
 TEM. Asi se respeta la seguridad de un quisque?
 FER. Tembleque!
 TEM. Llámame amarreque, que no Tembleque; ni aun para
 temblar tengo tiempo.
 FER. Tambien á tí?...
 TEM. Tambien!
 FER. Pues qué, estás?...
 TEM. Amarraditis, señor, amarraditis; no habeis oido decir
 que siempre han pagado justos por pecadores, y que
 cuando el Sol sale, sale para todos? Pues yo digo que
 cuando Dios quiere, hasta los cordeles me hacen llagas.
 FER. Calla, calla por Dios!
 TEM. Señor, ya que la única parte de mi cuerpo que tengo
 libre es la lengua, déjemela mover á mi placer.
 FER. Pero dime qué hacemos?
 TEM. No hacer nada.
 FER. Y así?
 TEM. Esperemos al dia por si pasa por aquí algun alma ca-
 ritativa...
 FER. Pero y mi Elvira?...
 TEM. Pero y mis brazos?
 FER. Prueba si puedes llegar aqui.
 TEM. En cuanto me desamarreis, es cosa hecha.
 FER. Conociste quiénes eran?
 TEM. No á fé.
 FER. Dios mio! Dios mio!
 TEM. Nos han jugado una pasada mas que regular. Al com-
 pas de la música nos han dado un solfeo de tres bemoles.
 FER. Es inutil; no puedo desasirme.
 TEM. Sabeis que la música era la en... hora del paloteo?
 Todos, señor, eran lobos de una ca...
 FER. Oh! ha sido una villania, un pl... mal.
 TEM. No; un plan en que se habian... arrado perfecta-
 mente todos los cabos.
 FER. Que no se abriese la tierra y me confundiera.
 TEM. Esa fuera más negra. Mal está uno así; pero peor es-
 tariamos tragados como guindas. Y más, señor, esta
 noche, que estan los diablos haciendo de las suyas.
 FER. Que me lleven: me harian un favor; se lo agradeceria.
 TEM. Por Dios! Que alguno puede estar escuchándonos.
 FER. Pues le invoco, pueda yo recobrar á mi Elvira, y
 aunque me cueste... (Trueno fuerte á esta palabra.)
 TEM. ¡Huy!!! Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!
 FER. Oyes, Tembleque?
 TEM. Oigo, señor.
 FER. Tienes miedo?
 TEM. Mucho, muchísimo!... (Sale una gran serpiente de
 debajo de tierra y dentro de ella Urganda.) Ahí están
 ya. (Truenos.) De parte de Dios te pido, que me digas
 quién eres! (Mientras habla Tembleque, sale Urganda
 por la boca de la serpiente.)
 FER. Una muger! (Que la ha descubierto á la llamada
 que ha salido de la tierra.)
 TEM. Un demonio! Ya me comen; ya me comen por do
 mas pecado habia!

ESCENA VII.

FERRANDO, TEMBLEQUE y URGANDA.

URG. Ferrando?
 FER. Quién me nombra?
 URG. Urganda la Desconocida.
 TEM. Muy señora nuestra.
 FER. Acaso sois aquella Urganda protectora del famoso ca-
 ballero Don Amadis de Gaula?

- URG. La misma, la misma que, siempre enemiga del encantador Arcalaus, vengo á favorecer á los que él persigue.
- FER. Conque es un encantador quien causa todas mis desventuras?
- URG. Cierto.
- TEM. Qué escucho?
- FER. Y habreis venido á devolverme á mi Elvira, no es cierto?
- URG. Veremos.
- FER. Sin ella, señora, me seria la vida insoportable; preferiria morir en mi desesperacion, á la idea de perderla para siempre.
- URG. No la perderás.
- TEM. Pero, señora, desatadnos pronto, ó al menos desatadme á mi; pues juro á vuestra reverendísima (á las brujas con cumplimientos,) no me encuentro muy á gusto.
- URG. Esperad.
- TEM. Creo que solamente á eso habreis venido aqui?
- FER. Calla.
- TEM. Callo.
- URG. Supongo, Ferrando, que habrás leído mi historia?
- FER. Si; y sin duda esa enorme serpiente, fué la que os condujo á la villa de Fenusa?
- URG. Y en la ínsula Firme para armar caballero al nunca bien ponderado Esplandian, luz y antorcha de la andante caballeria.
- FER. Urganda, vos sois mi angel tutelar...
- TEM. (Pues el angelito, es ya patudo.)
- URG. Tal es mi propósito.
- TEM. (Si esto no es venderse al diablo, no he visto cosa más parecida.)
- URG. Desde que Amadis de Gaula sacó á Arcalaus de la jaula de hierro en que fué preso de mi orden, cuántos horrores no ha presenciado el mundo! No ha habido ataque, calamidad y esterrainio, que no haya sido inspirado alternativamente, ya por ese encantador Arcalaus, ya por mi para destruirle. Aquí, en Fagra, cuando don Alfonso I, el batallador, trató de entrar á saco, Arcalaus fué quien á las tropas infieles de ese castillo, inspiró la más desesperada resistencia, logrando que por primera vez sucumbiesen las nunca abatidas armas del rey cristiano... No puedo recordarlo sin verter algunas lágrimas de dolor!
- TEM. (Pobrecita!... De veras que me ha enternecido.)
- URG. Semejante descalabro animó de modo á la morisma, que arrojándose en numerosa hueste sobre el vencido don Alfonso, logró derrotarle completamente, cuando se dirigia á Mozon, con solo cuatrocientas lanzas. El mismo rey pereció en la refriega, sin que hasta ahora nadie haya dado razon de su paradero..
- FER. Es verdad.
- URG. Quién ha dicho que fué á Jeru salem á pelear por el santo sepulcro; quién que le enterraron secretamente en Montaragon; y quién que murió de melancolia en las peñas de San Pedro.
- TEM. Pobre rey!
- URG. Pero nada de esto es cierto.
- FER. Vos sabeis?...
- URG. D. Alfonso el batallador, acorrido por mi en su último y apurado trance, vino á los subterráneos de ese castillo, contribuyendo más tarde á que se rindiera á los defensores de la fé.
- TEM. (Parece que la bruja es una buena cristiana!)
- URG. Pero se halla bajo el dominio de ese Arcalaus, mi enemigo.
- FER. Y en dónde está ese mal hechicero, ese Arcalaus?...
- URG. Es el mismo Conde.
- FER. El Conde de Lerin?
- URG. El Conde de Lerin precisamente, no; Arcalaus lo ha hecho desaparecer, tomando su nombre y figura.
- FER. Y es ese?
- URG. Ese es el que ha robado á tu Elvira.
- FER. Oh! señora, desatadme, desatadme.
- TEM. Si señora, desatadnos!
- FER. Yo la recuperaré; yo castigaré la insolencia de ese mal hechicero!
- TEM. Y yo ayudaré á mi señor; con que desatadnos pronto.
- URG. Yo no puedo socorreros por mi misma, ni mucho menos romper las cuerdas que oprimen vuestros miembros.
- TEM. Con que tanto ruido para nada?
- URG. Sin embargo, os regalaré los dos anillos de oro que di á Amadis y á su esposa Oriana, para que pudiesen contraer las malas artes de ese mismo encantador. Con ellos no solo os vereis libres, sino que no habrá deseo, por imposible que sea, que no veais al punto satisfecho.
- FER. Oh! Dádmele, dádmele.
- URG. Pero con una condicion.
- FER. Cuál?
- URG. La de que ese tu escudero ha de darme en cambio palabra de casamiento.
- TEM. Quién?... Yo?
- URG. Tu!
- TEM. Yo?
- URG. Tú; de qué te admiras?
- TEM. Míreme bien; de seguro habeis equivocado las señas.
- URG. No las he equivocado. Para que llegue á sucumbir ese mago, y para que el Rey Alfonso salga de su triste situacion, escrito se halla en el libro del destino, habré de casarme con un escudero.
- TEM. Pues doble la hoja en que tal diga. El señor destino se ha equivocado de medio á medio.
- FER. Tembleque!
- TEM. Señor, no doy audiencia.
- FER. Mira que si irritas á Urganda...
- TEM. Que tome horchata.
- URG. Qué respondes?... Si no te resuelves, me voy, y ya nadie podrá ampararos.
- FER. Tembleque!
- TEM. Qué me sucede? Qué he hecho yo para ser así castigado? Si al menos... Hermana... hermanita... acérquese para que pueda verle ese palmito de cara... Huy!... Dios mio! Qué cosa más horrible!... Y cuántos abriles, prenda?
- URG. Mil y ciento
- TEM. Aprieta, hija! Y todavía?...
- URG. Conque, qué dices?
- TEM. Que no, que no, mil y cien veces; tantas como años cuentas, bruja maldita! (*truenos.*)
- URG. Que no? Pues oye al cielo indignado contra ti. Atados ambos como lo estais, permaneceris por muchos siglos sin que de nadie seais vistos. Permanecereis como permaneció por diez años pendiente de un árbol, á la entrada del castillo del Bardoyd, la espada con que fué armado caballero el invicto Galaor.
- FER. Tembleque!
- TEM. Válgame Dios, señor! Válgame Dios! Bien, Urganda; si todo consiste en que os dé palabra de casamiento, yo... (si se me traba la lengua!) yo... (si no me atrevo!) yo... os la doy.
- URG. Y te casarás conmigo?
- TEM. No!...
- URG. Cómo?...
- TEM. Digo si... si... si...
- URG. De buena voluntad.
- TEM. Figuraos si yo tendré buena voluntad!...
- URG. Entonces, yo misma os colocaré los anillos. (*Lo hace*) Con ellos, no solamente nada teneis que temer del he-

chicero, sino que á vuestra voz obedecerán los elementos.

TEM. (Si me dán escalofríos de mirarla! No sé cual cosa será peor, si el amarrijo ó el casorio!)

URG. Adios os quedad.

TEM. Vete y no vuelvas. (*Entra Urganda en la serpiente y al desaparecer se oye un trueno horroroso.*) Jesús Maria y José!

ESCENA VIII

FERRANDO, TEMBLEQUE.

FER. Qué te parece de todo esto, Tembleque?

TEM. Qué me ha de parecer, señor? Qué yo soy la víctima como siempre!

FER. Yo me confundo y no sé que adivinar.

TEM. Pues no os calenteis la cabeza. Sin embargo, debemos probar fortuna; debemos ver si estos anillos sirven para algo.

FER. Invoquemos la proteccion de alguien...

TEM. Y de quién?

FER. No sé.

TEM. Vereis como yo...

FER. Espera; es preciso hacerlo con toda solemnidad.

TEM. Por solemnidad no os apureis. Yo he sido aprendiz de escribano, y sé las solemnidades á las mil maravillas.

FER. Calla, calla!

TEM. Cómo que calle?

FER. Mejor será invocar el amor de mi Elvira.

TEM. Buen remedio para los callos. (*preludio de música.*)

FER. Oyes? Música!

TEM. Si vendrá con el acompañamiento de antes? No; yo la conjuro.

FER. Escuchemos.

(*Brilla en el horizonte una vivísima luz, apareciendo un vistoso carro tirado por dos cisnes, conduciendo á Venus.*)

ESCENA IX.

Dichos, la DIOSA VENUS.

TEM. Esto ha cambiado de aspecto. Quién es esa señora?...

FER. Es la Diosa Venus; la hermosa madre del Amor.

TEM. Verdad que es muy hermosa: mejor me las avendría con esta que con la otra.

VEN. Quién me ha llamado aquí en su socorro, y en virtud del talisman de Urganda la Desconocida?

TEM. Nosotros los pecadores.

VEN. Ah!... estais amarrados? Habrán sido sin duda aventuras amorosas?...

TEM. Pero no mias, buena mujer.

VEN. Bien; sean de quienes fueren, á mi me agradan mucho. Mi hijo os desamarrará. (*la ventana de Elvira se transforma en un templete del cual saldrá Cupido; desata á Ferrando, despues á Tembleque; vuelve á entrar en el templete, que torna á ser ventana.*)

TEM. Otra sorpresa! Quién es este pequeñin?

FER. El Dios Cupido.

TEM. Vainos allá! Esta noche todos se vuelven Dioses?

VEN. Ya estais libres. (*A Ferrando.*)

FER. Gracias, mi adorada protectora. (*Va á arrodillarse.*) Dejad que en agradecimiento...

VEN. No: en los brazos de tu Elvira acuérdate de tu libertadora. Y tú, pobre hombre... (*A Tembleque.*)

TEM. Es á mi? Ay! como se amanteca el corazón! Por qué, mi señora doña Venus, por qué no vinisteis antes que la otra?

VEN. Que cuál?

TEM. Que Urganda, la desconocidamente fea, no hubiera

tenido entonces inconveniente en casarme.

VEN. Ya tambien estás libre!

TEM. Ajá já! Así, libre! viva la libertad! Calla! Y se marchó el duendecillo!

FER. Y no me direis en qué parte veria yo á mi adorada?

VEN. En el castillo. Adios... adios. (*Desaparece.*)

ESCENA X.

FERRANDO, TEMBLEQUE.

TEM. Conque esa es su Magestad la Diosa Venus?

FER. Y el niño su hijo.

TEM. Si, Cupidillo; el que hace el tipitá en el corazón de los amantes.

FER. Inestimable sortija! (*La besa.*)

TEM. Gracias á Dios; ved si mandais algo, señor! (*Echa á correr.*)

FER. A dónde vas?

TEM. A esconderme, para que no me pille esa Urganda.

FER. Pero...

TEM. No quiero cumplirle la palabra; son muchos sus años, señor.

FER. Mentecato de ti! A dónde irás que no te encuentre? Aunque te ocultases en las entrañas de la tierra, daría contigo.

TEM. Verdad que no habia caido en eso! Y yo que cuando la di mi palabra, confiaba en mis piernas! Triste de mi! No tengo escapatoria? Qué me sucede?

FER. Venus acaba de decirme que mi Elvira está encerrada en ese castillo...

TEM. Y qué intentais hacer?

FER. Probado ya el poder de este talisman, quiero, Tembleque, ver si consigo con su auxilio recuperarla.

TEM. Pues á ella.

FER. Precioso anillo; ya que todo lo puedes, haz que esas fuertes murallas me abran paso hasta llegar á mi adorada.

(*Las murallas se trasforman en una magnífica galeria, con escalinatas practicables á la escena, todo el teatro corresponde á la decoracion, iluminada completamente. Elvira baja al escenario rodeada de ninfas.*)

ESCENA XI.

Dichos, ELVIRA y ninfas.

TEM. Jesús! Ave Maria purísima!

FER. Elvira!

ELV. Ferrando mio! Cómo estás á mi lado?

FER. Te lo explicaré; entretanto ya eres mia.

ELV. Que ventura!

FER. Y grande mi bien!

ELV. Si te llegan á descubrir...

FER. Nada temas; sentémonos aquí...

TEM. Ya esto me vá gustando!

FER. Y que celebren nuestros amores las gracias de Terpsicore.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del castillo que figura la cámara de Elvira: muebles góticos de lujo; un sillón por cuyo fondo ha de salir Tembleque: un espejo ó armario por el cual ha de salir Ferrando. Puertas laterales y ventana en primer término de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, durmiendo, recostada en un sillón, URGANDA, BERTRAN.

BEB. ue no os separeis de ella me han encargado.

URG. No me separaré.
 BER. Duerme?
 URG. Profundamente.
 BER. El Conde ha estimado en mucho el servicio que acabais de prestarle.
 URG. Ya lo creo! Como que si no es por mi, seguramente á estas horas...
 BER. Consigue arrebatársela ese Ferrando!
 URG. Cierto. Y es verdad que logró escaparse?
 BER. Y tanto!
 URG. Pero cómo?..
 BER. Eso es lo que no podré deciros; á nuestra vista desapareció como por ensalmo.
 URG. Y el escudero.
 BER. A ambas se les tragó la tierra. Ha sido incomprendible. Figuráos que le habíamos cortado la retirada, y ya cercados por nosotros, en un momento brrr! la del humo! Desaparecieron á nuestra vista.
 URG. Cosa estraña!
 BER. Mucho que lo es!
 URG. Artes del Diablo. Y os aconsejo que os andeis con mucho cuidado.
 BER. Bá! Estais, buena vieja, empeñada en hacerme creer.. cosas sobrenaturales, y sabed para vuestro gobierno, que yo no me horripilo de demonios ni de fantasmas. Seria capaz yo solo de andar á bofetones con el sol y la luna, y hasta con el macho cabrío que presida esta noche el aquelarre más inmediato.
 URG. Desdichado mortal! No escupas osadamente al cielo, cuando no sabes lo que hay una linea mas arriba de tu cabeza.
 BER. Ba! Conque para hablar gordo habrá de ser uno santo ó endemoniado? Pues yo que no soy ni lo uno ni lo otro, suelto cada imprecacion como un cerro, y ya veis no tengo marcada mi cara, ni menos me falta valor para insistir en mi propósito.
 URG. Pues yo, que puedo en un instante apagar la luz del sol y de la luna, doblo sin embargo mi rodilla, ante otro poder superior que me sojuzga.
 BER. Ja! Ja! me haceis reir con vuestras ocurrencias! Me retiro para dar cuenta al Conde del cumplimiento de sus mandatos.
 URG. Andad en buen hora.
 BER. Ya habeis oido, que es la voluntad del Conde, que no os separeis de su lado.
 URG. Lo sé.
 BER. Adios. (Paes no la voy cobrando miedo!) (Vase puerta derecha.)

ESCENA II.

URGANDA, ELVIRA.

URG. Conténtate con respetar lo que no puedes comprender! (Se acerca al sillón en que duerme Elvira.) Qué hermosa es! Su frente no revela los tristes tormentos de un corazón dilacerado. Ay! así yo en mis más felices dias!.. De veras que habrá de ser muy dichoso ese Ferrando.—Pero sus facciones se animan al nombre de Ferrando!..
 URG. Ferrando!.. no te vayas... tengo miedo... (Soñando.)
 G. Infeliz! Sueña con su amado! Y habria yo de consentir en que ese tirano Conde... Oh!.. nunca. (Vase Urganda.)

ESCENA III.

ELVIRA, sola.

U. En dónde estoy? Me pareció que un ruido cercano... nada... nada se percibe... Ah!.. abriré para respirar el

fresco ambiente de la noche. (Abre la ventana por la que penetra un rayo de luna que se vé brillar en la frente de Elvira.) Qué bella se ostenta la melancólica luna, en medio del azulado cielo! Ah! así como hieres mi frente, herirás la de mi Ferrando! Dile mi amor; dile que no se aflija por mí... Pero en dónde estoy? Qué confusion!... Y será muy tarde? (Suena la una.) La una! A esta hora, triste recuerdo! á esta hora siempre mi Ferrando me cantaba su troba de amor! (Preludio de laud.) Oh! no es ilusion; es su laud!

CANTA DENTRO FERRANDO.

Otros envidien los goces
 del regalado señor,
 que á mi me basta en el mundo
 Elvira mia, tu amor.

ELV. Estoy delirando? Anoche unos enmascarados... me sacaron violentamente de mi casa... luego vi á mi Ferrando... y cuando me disponia á huir con él... desapareció. Ferrando, Ferrando mio! (Sale Ferrando por el espejo.)

ESCENA IV.

ELVIRA, FERRANDO, despues TEMBLEQUE, y despues URGANDA.

FER. Mi Elvira!
 ELV. Mi Ferrando! (Abrazándose.)
 FER. Me llamabas?
 ELV. Si.
 FER. Ya estoy á tu lado.
 ELV. Pero cómo...
 TEM. Comiendo, señora. (Sale por el fondo del sillón.)
 ELV. No comprendo...
 TEM. Ni yo tampoco: mal dije; ojalá que no lo comprendiera!
 ELV. Anoche te pregunté lo mismo, y prometiste decirme lo! Hace poco... me arrebataron de tu lado... caí sin sentido, y en tanto nada sé de lo que ha pasado por mí... Solo sé que queria llorar y no podia... que mi corazón se atormentaba, y no habia lágrimas en mis ojos. Despierto hace poco; quiero respirar el aura de la noche, y escucho tu amorosa troba... Qué es esto? No estoy en el castillo? No es cierto que anoche me arrancaron de tu lado? Dínelo todo; si, todo, porque yo estoy loca!
 FER. Serénate, mi bien. Es cierto que unos alevos te trageron á este sitio...
 ELV. Oh!..
 FER. Pero una buena muger...
 TEM. Buena, eh? No diré yo otro tanto.
 FER. Calla!
 TEM. Como un muerto.
 FER. Una buena muger me favoreció, y me dió este talisman para libertarme de mis perseguidores.
 TEM. Y á mi otro...
 FER. Por su virtud puedo alcanzar cuanto quiera. Manda, Elvira, y verás como estos muros nos abren paso... Verás como el mundo entero, cambia de aspecto á tu voz.
 ELV. Preciosa sortija!
 TEM. Pero, señora, á buen bocado, buen grito. A lo menos yo, que soy el pagano, puedo saber lo que me cuesta.
 ELV. Tú?
 TEM. Yo! No habeis oido decir que siempre han pagado los justos por los pecadores? Pues en mí se ha cumplido el refran. Para que esta maldita vieja se halla desprendido de estas joyas, he tenido yo que desprenderme de otra; de mi dulce libertad.
 FER. Si, Elvira; habrá de casarse con mi bienhechora.
 ELV. Y ¿qué mal hay en eso?

TEM. Friolera! Una bienhechora de mil y cien años!

ELV. Jesús!

FER. Así es; y por ella he podido burlar el furor del Conde.

ELV. Pero, ¿quién es esa muger? (*En este momento aparece Urganda.*)

TEM. Una bruja, un demonio! El mismísimo pecado mortal! Cuando yo no la quiero, ¿qué tal será la hembra? (*Urganda se dirige poco á poco á Tembleque.*) Vieja, fea, chismosa, con una nariz como un chafarote, sin dientes ni muelas, tuerta, pitañosa del otro ojo... (*Urganda coge del pescuezo á Tembleque.*) ¡Hui! Socorro, que me matan!

FER. Esa es!

ELV. Dios mío!

URG. Miserable! Así te atreves á hablar de la que el destino se ha dignado unir á ti para siempre?

TEM. Perdóname la buena Urganda.

URG. He escuchado lo que decias de mi.

TEM. Nada más que elogios; podeis creerme! Yo no soy capaz de ofenderla en lo más mínimo.

URG. No mientas.

TEM. Decia yo... es decir, me preguntaba; ¿es posible que tan buena señora, así, tan amable, tan compasiva, tan poderosa, y que tendrá tantos pretendientes, se haya dignado elegirme para marido? Tanto honor! Porque ya veis, yo soy viejo (de veinte y cinco abriles:) feo... (como una rosa de mayo,) de malditísima conducta... infiel, si, muy infiel... con unas narices como un chafarote... sin dientes... tuerto, ó al menos no veo con un ojo. Póngase en mi lugar, y...

FER. Tembleque, por Dios! (*bajo á él.*)

TEM. Y de juro os daría vergüenza de presentaros á vuestra futura cara mitad.

FER. Tembleque! (*id.*)

TEM. Y resolveriais como yo he resuelto, hablarla, disuadirla, apartarla de su eleccion como de un mal pecado...

FER. Tembleque! (*id.*)

TEM. Cáspita, señor! No me toqueis más á la ropa, no me caso... que no me caso, no y no! No me encuentro con mérito suficiente!

URG. Conque te niegas á cumplir tu palabra, escudero bellaco y mal intencionado?

TEM. Si es por el bien de voaced.

URG. Tanto peor para ti. Tu no sabes de lo que es capaz una muger ofendida?

TEM. No; si el ofendido soy yo, yo!

FER. Tembleque!

TEM. Ea, no se empeñe en lo imposible!.. Que no me caso; no y no!

FER. Nos vas á perder! Mira á Elvira que perecerá por tu causa, por tu tenacidad?... Qué te importa á ti de...

TEM. De qué? De qué?... Eso es! Hágame ahora insensible; quiteme mis sentidos y potencias, considóreme un poste; no señor, yo tambien tengo mi gusto y mis cosquillas... y mi...

URG. Dejadle; bien pronto pagará su inconsecuencia!

TEM. A todo estoy resignado. Lleven calamidades sobre mí! (*Se sienta en un sillón.*) No puedo más! Uf! estoy sudando á mares...

URG. Los anillos quedan sin poder alguno; los di bajo una condicion, faltando esta, desaparece tambien su virtud.

TEM. Tomad el mio; no le quiero á tanto precio. (*Se lo dá.*)

FER. Tembleque, por Dios!...

ELV. Ten compasion de nosotros!

TEM. Y quién la tiene de mi?

ELV. Por mi felicidad!

TEM. Que no! Mil y cien años!... Qué horror! Ciento... vamos... que no, ni aun con el pico me conformo. Pre-

feriria caer por segunda vez en las garras de los escuderos del Conde.

URG. Ya estas satisfecho. (*Abrense las puertas izquierdo y derecha; y por ambos lados se presentan los escuderos.*)

ESCENA V.

Dichos, BERTRAN, GINÉS, DIONIS, GASCON y guardias del Conde.

BER. Aquí están!

TEM. Que me asesinan.

FER. Temed mi furia, ó si no...

(*Se apoderan los escuderos de Ferrando y de Tembleque.*)

URG. Es inutil.

FER. Cobardes!!

URG. A la prision. (*Burlándose de él.*)

TEM. Mascarón endemoniado, mascarón que en el solfeo del re, mi, fa, si la sol quisiste ganarte un novio de prendas cual tengo yo...

FER. Tembleque cede!

TEM. No cedo.

FER. Elvira!

ELV. Ferrando, á Dios!

GAS. Anda tú.

TEM. Cómo ha de ser!

Paciencia y resignacion.

Pero tú las pagarás, bruja maldita. (*Se los llevan.*)

URG. (*Burlándose.*) Pues no!

ESCENA VI.

Mutacion de salon corto.

EL CONDE; despues BERTRAN.

CON. Dime, amor, que tus aceros contra mi pecho diriges, y duramente me afliges con heridas que son fieros; ¿por qué medios tan arteros usas conmigo, cobarde; si al tiempo que haces alarde de avasallar mi altivez, nos das á Elvira á la vez esta llama que en mi arde?

En brazos de ese Ferrando que adora para mi mal su hermosura celestial se está de mi afán burlando; por él un suspiro blando exhala su labio tierno; y en tanto que amor eterno le jura en su frenesi, solo guarda para mi las ferias ay! del infierno!

BER. Señor?

CON. Qué quieres, Bertran? Mis mandatos se han cumplido?

BER. Presos, como habeis querido, en el subterráneo están.

CON. Y cómo fué, que pudieron penetrar en el castillo sin ser vistos?

BER. Muy sencillo; por la ventana subieron.

CON. De sorprenderme no deja

la altura de la pared.

BER. Pues créalo vuesa merced,
que así lo ha dicho la vieja.

CON. Qué vieja?

BER. La que custodia
á Elvira.

CON. Quizás pagada...

BER. No es posible, que indignada
como vos mismo los odia.

CON. Haced que á esa vieja vea;
llamadla.

BER. No tardará,
porque me dijo... Aquí está,
y hablaros, señor, desca.

CON. Retírate. (*Vase Bertran.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, URGANDA.

URG. Guárdeos Dios!

CON. Despachad; qué se os ofrece?

URG. Poca cosa. Si merece
esta sierva hablar con vos...

CON. Decid, pues.

URG. A mi cuidado
pusisteis á Elvira bella...

CON. Y bien cuidábais de ella,
consintiendo que arrojado
el robárnela intentára
ese Ferrando!

URG. A no ser
porque burlé su poder,
de juro se la llevara.

CON. Insensato! Ha de pagar...

URG. Bien provocó vuestro enojo;
que fué temerario arrojo
este casuero escalar.

CON. Mereces mi confianza,
buena dueña.

URG. Bien lo creo.

CON. Mas preguntarte deseo
si debo alguna esperanza
abrigar de que mi Elvira
pueda quererme por fin.

URG. Y es el Conde de Lerin
quién de amor así suspira?

CON. Confieso que me sonroja
referirte tal desvío,
y que no ábe mi brio
contemplar á quien le enoja;

per: tambien es verdad
que al mirar su frente pura,
me de-arma su hermosura,
me acobarda su beldad.

Confieso que veces mil
al ir con tierno embeleso
á imprimir un dulce beso
sobre su frente gentil,
he sentido lo que anhela,
resistiendo lo que anhela,
con su livandad recela
inferirle algun agravio.

Vive Dios, que me avergüenzol
si en afligirse se empeña...

Yo muere, si, la mi dueña,
si tanto desden no venzo.

A eso iba. Qué no alcanza
el oro, qué la malicia
de una dueña que propicia
adquiera su confianza?

CON. Te entiendo, sí.

URG. Y quién se arredra
y á su suerte se abandona,
si prudente reflexiona
que el agua labra la piedra?

CON. Dueña, la vida me das
haciendo torne la calma
á apoderarse del alma
cual otro tiempo quizás.

A tu placer tienes oro,
joyas de mucha valía,
brocados y pedrería,
todo mi rico tesoro;

todo y más y más emplea
en ella para alhagarla,
y á mi favor inclinarla,
segun mi pecho desea.

Ofrece, malgasta, tira;
nada apetezca tampoco,
que todo, la dueña, es pcco
si llega á amarme mi Elvira.

URG. Si será, que no hay en esto
nada imposible.

CON. Oh ventura!

URG. Yo os ofrezco su ternura.

CON. Avisad, la dueña, presto...

URG. Adios!

CON. Adios!

URG. (*Si le inspiro
con tal arte confianza,
mi apetezida venganza
cual quiero, cumplida miro.*) (*Vase derecha.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE y BERTRAN que sale izquierda.

CON. Bertran?

BER. Señor.

CON. A Ferrando
darás esta noche muerte.

BER. Y cómo?

CON. De cualquier suerte.

BER. Pero señor...

CON. Yo lo mando.

BER. Y al escudero?

CON. Tambien.

BER. Moriran si á vos os plugo;
á buscar voy al verdugo.

CON. Veremos quién vence á quién.

MUTACION. *Subterraneo del castillo: varios peñascos esparcidos por la escena: en el centro un grupo de ellos: dos bancos de peñascos, donde estarán sentados Ferrando y Tembleque.*

ESCENA IX.

FERRANDO y TEMBLEQUE.

TEM. Que tales cosas me sucedan á mi! Qué he hecho yo
para ser así perseguido y encerrado sin comunicacion al-
guna? Y digo, á este paso la vida es un soplo!

FER. Tembleque!

TEM. Señor.

FER. Dónde estás?

TEM. Aquí; acérquese y me hará un gran favor. Estoy
tembiando de miedo!

FER. Miedo tú?

TEM. En cuanto se conoce.

FER. Estoy desconsolado!

TEM. Y yo sin consuelo!
 FER. Por tu causa.
 TEM. Por mi causa, no. Quién os mandó anoche ir á la ventana de Elvira? Tenia yo algo que ver con ella? Pues si no hubiéramos ido, seguramente nadie hubiera tropezado con nosotros, ni habríamos contraído los compromisos que nos han puesto á caldo.
 FER. Elvira!
 TEM. Eso es; para Elvira todos los recuerdos, todas las lágrimas, todas las consideraciones; y para esta víctima inocente de vuestros enredos, ni una mirada de lástima siquiera.
 FER. Tu deliras.
 TEM. Porque digo la verdad!
 FER. Yo voy á morir de pena.
 TEM. Y yo de miedo.
 FER. Que triste situación!
 TEM. Y ved lo que son las cosas; los dos morimos del mismo modo, por causas enteramente distintas. Vos moris de pena, porque quereis casaros con Elvira, y yo de pena tambien, porque no quiero casarme con Urganda.
 FER. Pero tú tienes en tus manos tu felicidad y la mia.
 TEM. Si, ya lo creo! Una felicidad de mil y cien años! Una felicidad sin dientes ni muelas, y que hay que bajar por ella hasta el fondo de un sepulcro! Si á esto llamais felicidad, qué reservais á la desgracia? No... no... no me comunico!
 FER. Pero un sacrificio...
 TEM. Pues me agrada la frescura! Como esperais apurar en los brazos de Elvira la copa del placer y la alegría, os importa muy poco que en las canillas de Urganda apure yo la del dolor y la amargura!
 FER. Ah!
 TEM. Nada; he formado mi resolucion inapelable, y no me caso, aunque me maten! (*Trueno fuerte.*)
 FER. Oyes?
 TEM. Santo Dios! Santo fuerte! Santo... (*Dándose golpes en el pecho*)
 FER. Hasta Dios se ha enojado de tu negativa!
 TEM. Que se enoje!
 FER. Consiente, si...
 TEM. No consiento, no... no me caso... (*Cae un rayo sobre un peñasco, que se abre y aparece la sombra de don Alfonso I, Rey de Navarra.*)
 FER. Dios me valga!
 TEM. Huy!... Qué será esto?...

ESCENA X.

Dichos y la SOMBRA del rey Alfonso.

SOM. Quién es el que profana de este sitio la quietud eterna? Quién sois vosotros? La calma á perturbar venis osados de los que aquí reposan? Decid presto; decid, ó vive Dios! que transformados en piedra quedareis en este puesto!
 FER. El Rey batallador, Alfonso es ese!
 (*bajo á Tembleque.*)
 TEM. Qué tengo yo que ver con los Alonsos? No me queda ni aun sangre, que del susto se heló en el corazón!... Misericordia!
 SOM. No quereis responder? Quereis que truene aierado el cielo, y que la voz sagrada truenada por el ámbito resuene?
 FER. Ilustr Rey! Aquestos que aquí miras no sacrílegos son; no son traidores; son dos víctimas tristes de las irás

del Conde de Lerin.
 SOM. Del Conde has dicho?
 FER. Del mismo, gran señor.
 SOM. Ya lo esperaba.
 Cuál es tu nombre?
 FER. Llámome Ferrando.
 SOM. Ferrando... nada más?
 FER. No sé más nombre.
 SOM. Y tus padres?
 FER. Oh Dios! No sé quién fueron.
 Una anciana entregóme á unos pastores cuando la luz de mi angustiada vida comenzaba á rayar sus resplandores...
 SOM. Luego pechero sois?
 FER. Si, de la plebe.
 Pero siento latir dentro del pecho un noble corazón; siento en mi brios para poder con mis robustas manos las cabezas tronchar de los tiranos. Tirano fue contigo el Conde?
 SOM. Infame!...
 FER. Valiera más que muerto me dejara.
 SOM. Te redujo á prision dura y estrecha?
 FER. Robóme el dulce bien que adora el alma!
 SOM. A tu amada robó?
 FER. Robó; y con ella la vida me arrancó; la vida y calma.
 SOM. Malvado Conde!
 FER. A mis clamores sordo, ni el llanto del candor y la inocencia ablandarle logró.
 SOM. Vil caballero!
 FER. Tan solo á mi dolor una hechicera compasiva acudió... la buena Urganda.
 SOM. Urganda?
 FER. Oyó mi voz...
 SOM. Urganda! Es cierto?
 FER. Prometiéme salvar á Elvira bella...
 SOM. Acaba; y no cumplió?...
 FER. De este escudero en el acto exigió formal palabra de casamiento...
 SOM. Y qué?
 FER. Que no ha querido su contrato cumplir con la hechicera.
 SOM. Torpe escudero! Tu informal conducta mil males causará sobre la tierra. Pidiérente, menguado, que asaltases en medio de un combate cien trincheras; pidiérente tambien que lanza en mano un escuadron de infieles deshucieras, ó que el tajo vil, como cristiano, por tu Dios y la ley santa murieras...
 TEM. Hasta el rey!... Hasta el rey...
 SOM. Mas desdecirte por no llevar al tálamo una fembra?... Apartate de mi; vete, bellaco!
 TEM. (Ojalá que pudiera!)
 SOM. Y tú no sabes el servicio que en ello prestarías á tu patria, infeliz? Aquí penando, vagando en esta cueva por el robo de los vasos sagrados que mis tropas hicieron en Sahagun; aquí sufriendo para siempre estaré. Pero, entretanto no se cumpla un mandato, que el destino en su libro escribió.
 FER. Ves? Un mandato!
 TEM. Ya lo escucho, señor!
 SOM. En vano un tiempo

de la morisma infiel triunfé en Egea, Zaragoza, Cotanda, Tarragona y en otros puntos mil!... Tales bravezas, tan heróicos esfuerzos, no lograron la página borrar del sacrilegio...

TEM. (Pobre rey! Pobre rey!)

SOM. Por él en Fraga, al frente de estos muros fuí vencido; y por él en Monzon en la hora horrenda derrotado quedé...

FER. Triste recuerdo!

SOM. Triste recuerdo, sí! Lleno de heridas, exánime, mortal, entre cadáveres sepultado me ví, cuando esa Urganda acudió en mi socorro; ella libróme de la mengua cruel, terrible, fuerte, de que hubiesen los moros mi cabeza, clavada en una lanza, tremolado...

TEM. Me entenece ..

SOM. Condújeme á esta cueva, y en ella peno entre congojas hartas. Mi cuerpo en este sitio fué enterrado; más el alma se agita en mil suplicios, sin al cielo saber por mi pecado ni al infierno bajar por mis servicios.

FER. Y hasta cuándo, buen Rey?...

SOM. Hasta que cumpla Urganda un voto, que sin duda el mismo es de casarse...

FER. Con Tembleque?... Escucha, escucha... Por piedad! Un rey lo pide!

TEM. Ya me rindo, señor, por patriotismo!

SOM. Tu cívico valor el cielo premie! (*Desaparece la sombra.*)

ESCENA XI.

FERRANDO, TEMBLEQUE, *después* URGANDA.

FER. ¡Qué mucho mi felicidad! (*Abrazándole.*)

TEM. Y cómo había de ensordecer á la voz de la patria? Ay! ya me caso; me caso!

FER. Qué ventura!

TEM. De veras que ese buen hombre me ha enternecido. Mas tate! Desapareció!

FER. Sí, desapareció. (*Se abre uno de los peñascos, por el que sale Urganda.*)

URG. Pero yo estoy aquí.

TEM. (Mas pronto no podía llegar... La voz del casamiento hace diligentes hasta á las momias.)

FER. Urganda!...

URG. Vibraron en mis oídos tus palabras.

TEM. Buena oreja!

URG. Conque ya quieres casarte conmigo?

TEM. Sí, la patria lo pide así; esta patria tan cara y tan recara para mí! A otros manda morir en el campo de batalla ó en medio de las calles, y de mí exige que me case con vos. Cómo ha de ser? Cúmplase en mi su santísima voluntad.

URG. Huye conmigo de esta sombría mansión.

FER. Pero, no os acordáis de mí, buena señora?

URG. No; vos os quedáis aquí en rehenes.

TEM. Sopla!

FER. En rehenes! De qué?

URG. De la palabra de vuestro escudero. Ya en una ocasión ha faltado á ella; y por si otra vez lo hace, quiero tener una víctima segura que sacrificar.

FER. Y he de pagar yo la inconsecuencia de ese menguado?

TEM. Cómo menguado?

URG. Sí; del mismo modo que por vuestra causa se ha

visto perseguido y maltratado, así vos debéis ahora sufrir por él alguna cosa.

TEM. Ajá! Viva mi Urganda! Eso es; justicia á secas! De veras que ya me va gustando mi futura. Siempre me ha tocado á mi caer debajo; bueno es que ahora se truequen los papeles.

FER. Oh!... Pues no saldréis de aquí!

URG. ¿Ignorais quién soy?

FER. Es verdad! Pero al menos dadme noticias de mi Elvira.

URG. Vivid sin recelo. He llegado á inspirar confianza al Conde... y no teneis que temer por ella.

FER. Pues que yo la vea siquiera un instante; vos que todo lo podeis...

TEM. Sí, que la vea; yo me empeño; haced una gracia al devio.

URG. Lo haré por complacerte; pero ha de ser con la condicion, que despues que la veais, habeis de reducir vos mismo á vuestro encierro, y no saldréis de él hasta que yo esté casada.

FER. Os la ofrezco.

URG. Lo jurais por vuestro honor?

FER. Os lo juro.

URG. Voy á traerla.

TEM. Quereis que os acompañe?

URG. No. (*Desaparece Urganda por el peñasco.*)

TEM. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu... (*Se oye rumor dentro.*)

FER. Tembleque?...

TEM. Señor?

FER. Oyes rumor?

TEM. Oigo.

FER. Se sienten pasos... si... hombres armados.

TEM. La hemos hecho buena. Ya estan ahí.

ESCENA XII.

FERRANDO, TEMBLEQUE, BERTRAN; *dos verdugos, soldados.*

BER. Ferrando, disponeos á morir.

FER. Cielos!

BER. En dónde está tu escudero?

TEM. Ha salido, no está en casa.

BER. Ah, bribon! Acércate.

TEM. Estoy ocupado.

BER. Ahora lo veremos; verdugos, despachad con él, y vosotros, prended al escudero.

TEM. Al que se acerque le aplasto la mollera. (*Cogiéndolo un peñon disforme.*)

FER. Asesinos! No hay quien me socorra?

BER. Adelante. Ejecutad mis órdenes.

TEM. Ahora lo vereis. Socorro, Urganda.

ESCENA XIII.

Dichos, la SOMBRA de Alfonso I por escotillon.

SOM. Decid al Conde, que sin justicia nada alcanza!

TRANSFORMACION GENERAL.

En una decoracion caprichosa, á gusto del pintor: las hachas de los verdugos vuelan, y ellos quedan transformados en bailarinas: Bertran y los soldados huyen: la sombra desaparece.

BAILE GENERAL DE NINFAS.

FER. Mi Elvira?

ELV. Prenda amada!

TEM. Quietecito, señor, no vayais á echarlo á perder con vuestros arrebatos.

FER. Déjame que la contemple.

TEM. Contempladla hasta que os volvais mico. (*Aquí el baile.—Concluido el baile, se marchan las bailarinas llevándose á Elvira.*)

URG. Ya satisface vuestro deseo. Adios, Ferrando; vámonos nosotros. (*A Tembleque.*)

TEM. Adios, señor.

FER. No te olvides que quedo aquí en rehenes, y que de tu resolucion están pendientes mi vida ó muerte.

TEM. No hayais miedo, señor; quedad tranquilo.

Mas fácil será ver sin luz el alba,
esa enorme nariz volverse roma,
ver poblada de pelos esa calva
y en hermosa trocar: esa estantigua,
lo que es mas imposible aun que nada,
que abandonaros vuestro fiel Tembleque.
Valor me sobra (aunque me faltan ganas.)
Volemos á la lid! (El mal camino
se debe pasar pronto.)

URG.

Oh! Gozo!

TEM.

En marcha.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Un salon de retrato de familia: estarán sobre pedestales.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, BERTRAN, ESCUDEROS, URGANDA y gente armada.

CON. Estás delirando, Bertran?

BER. No deliro, señor; penetramos en el subterráneo; pero nos vimos obligados á retroceder á la vista de un espectro, capaz de infundir pavor al ánimo más arrojado.

CON. Tu has soñado?

BER. Que no es sueño, señor. Su voz era la del trueno.—«Decid al conde, (nos gritó) que sin justicia nada alcanzo.»

CON. Que sin justicia nada alcanzo?

BER. Así fué.

CON. Sin duda alguna intentó burlarse de vuestro miedo y lo consiguió.

BER. Si quereis desengañaros por vos mismo, guíad á la caberna y os seguiremos.

CON. Si que iré, y solo y sin armas. Con mis manos destrozaré á todo el que intente probar mi valor. Seguidme; yo os presentaré la cabeza de ese Ferrando cortada con mi propio acero. (*Vase.*)

BER. Vanos.

TODOS. Vanos. (*Vanse detras del Conde.*)

ESCENA II.

URGANDA, despues TEMBLEQUE por escotillon.

URG. Anda, sí... engríete con una esperanza que no conseguirás! Tembleque! (*Llamando.*)

TEM. Señora mia? (*Por escotillon.*)

URG. Es preciso que se prepare la ceremonia de nuestro casamiento.

TEM. Hay más que ir á la Iglesia?

URG. Sí, pero..

TEM. Quereis saber mi nombre? Yo me llamo Canuto Tembleque y Cerotipia, hijo de otro y de Claudia Medrana y Cerbellin; familia ilustre, que en todas nuestras guerras con los moros, ha sido la primera en las retiradas, y la última en los asaltos y lanctes comprometidos.

URG. Lo sé.

TEM. Nací en esta villa de Fraga por los años de no sé cuantos, dia de no sé qué, de un mes que no me acuerdo.

URG. Entendido.

TEM. Mi señora futura deberá decirme ahora sus cuatro abolengos, que seguramente fueron los que azotaron á Cristo.

URG. Bien; esta noche irás conmigo á la Iglesia, y al mismo toque de ánimas nos echarán la bendicion. (*Yéndose.*)

TEM. Pero á donde vais? Me dejais aquí, solo, aquí, en medio de mis enemigos, de los que harian conmigo una fechoria?

URG. Nada te sucederá. Para que te defiendan, tienes á tu disposicion dos valientes, que aparecerán cuando les llame.

TEM. Dos valientes?

URG. Miralos ahí. (*Salen dos enanos por los escotillones de derecha é izquierda*)

TEM. Guapo! Buena gente para un caso comprometido! Esto es burlarse, Urganda! Hablemos claros; ¿quién defenderá á quién? ¿E los á mi, ó yo á ellos? ¿A ver, camaradas? (*Hombrecándose con ellos.*) Nada; no me sirven; que se marchen benditos de Dios!

URG. Que se marchen! (*Se van por escotillon.*)

TEM. Abur!

URG. Pues entonces, qué es lo que quieres?

TEM. Toma! Qui ro genta capaz de sacarme de un aprieto de servirme en un apuro.

URG. Vaya... ahí tienes lo que me pides. (*Salen dos dueñas por otros dos escotillones.*)

ESCENA III.

Dichos y las DUEÑAS.

TEM. Dueñas! Dios me ampare! Y esta es la gente que ha de defenderme en caso de apuro? ¡Alábo la ocurrencia!

URG. Y por qué no!

TEM. Se conoce que va teneis barruntas de ser mi esposa, segun los adlateros que me presentais. No haya miedo que de esta suert- llegue á seros infiel.

URG. Con que no las quieres?

TEM. No me sirven, señora.. Y luego tan calladas...

DUE. 1.^a Qué nos manda el señor escudero? (*Las Dueñas empiezan á hablar, quitándose una á otra la palabra, y tirando á Tembleque por uno y otro lado.*)

DUE. 2.^a Aquí estamos para cuanto se le antoje.

DUE. 1.^a Quítese de aquí la bruja!

DUE. 2.^a Ella será la mala cristiana!

DUE. 1.^a En Dios y en mi ánima, que tengo á mengua hablar con vuesa merced.

TEM. Por Dios! por Dio! Que han soltado la tarabilla.

DUE. 2.^a A mí con esas?

DUE. 1.^a A mí la desconocida?

2.^a Mire, señor Tembleque...

1.^a Señor Tembleque, mire...

TEM. Fuera brujas.

2.^a No haga caso de la muy...

1.^a No, mala para ella!

TEM. Que me volveis loco, malditas!

1.^a Véngase conmigo, y tendra pensamientos de ángeles que se le antojen.

2.^a No me quite la feria, so mala criatura.

1.^a A mí... á mí, que soy de los Waumbas.

TEM. Fuera!

1.^a Y tengo casa solariega...

2.^a Y mentiras, que todo lo sabe Dios y alguien mas.

TEM. Urganda!

URG. Qué quieres?

TEM. Que se larguen con una legion de diablos!

URG. Que se vayan.

1.^a Véngase, véngase y verá lo que es bueno.

2.^a Que ha de venir conmigo.

1.^a Por aquí, ó sabráse quién es Calleja!

2.^a Allá lo veredes!

1.^a Tan horrado es el Conde como los gitanos!

2.^a Para esto vine á este picato mundo!.. (Ahora se hunden.)

1.^a Qué se dirá de los Wambas?

2.^a Me alegro, por tal de que no se lo lleve esa farolona y tres puntos mas.

1.^a Me place, porque así no conseguirá su gusto esa enredadora de mala casta!

ESCENA IV.

URGANDA y TEMBLEQUE.

TEM. Gracias á Dios! (Se pasea muy sofocado) Urganda, os estais hablando de mí! Queréis que para quedar me aquí, me proporcioneis quién me defienda, y me mandais enanos y Duñias! Merezco yo esto?

URG. Y no te basta tu Urganda? Invócala si te ves acometido, y te salvará.

TEM. Acabárais! Conque si alguno se empeña en repasar me las costillas, no tengo mas que invocar vuestro nombre.

URG. Cabal.

TEM. Convenido; pero no os apartéis mucho; pudiera suceder que cuando vinérais, ya me hubieran arrimado unos cuantos de los incurables...

URG. Vendré al instante. (Vase.)

ESCENA V.

TEMBLEQUE, solo

TEM. Héme aquí solo, en mí solo caos; héme aquí como si estuviera en capilla, esperando por momentos mi hora de unirme para siempre con un cementerio ambulante, Y habrás de casarte, Tembleque? Méchalo bien. He oido decir que con la discusion se llega á esclarecer la verdad, deshudar lo bueno de lo malo; en una palabra, á conecer lo más conveniente. Pues bien, discutámos. — Hareme cargo de que estoy en una junta de doctores; y apropósito; estos retratos servirán para aumentar mi ilusion. — Este que parece el de una persona respetable, hará de presidente; los demas serán dignos miembros de la improvisada asamblea. Magnífico con eme grande! Ahora te oí. (Tose) Toco la campanilla; tilin, tilin. (Todo lo que vá diciendo lo ejecuta.) Y digo con voz de hombre de pro: Dase principio á la sesion. — (Siempre que cambia de puesto cambia de voz.) (Se observa un profundísimo silencio y la mayor ansiedad en las tribunas.) Bien, adelante. Uno de los señores secretarios, despues de toser, etc. lee la siguiente proposicion. — (Crece la ansiedad.) «Se pide que se abra discusion, sobre si deberá ó no casarse el señor D. Canuto Tembleque y y Cerotipia, hijo de otro y de Claudia Medrana y Cerbellin.» — Pido la palabra. — Pido la palabra — Pido la palabra. — Orden, señores, orden! Yo la pido en pro; y yo, y yo, y yo! — Poco á poco, señores! Que pido la palabra en contra; y yo, y yo! — Tilin, tilin. — Orden, señores! — Cada partícipe hablará segun su turno. — Yo le tengo el primero en pró. — Concedido. — Tiene la palabra en pró el señor de los bigotes. — El señor de los bigotes subiéndose en un banco. — Señores; es la primera ocasion, que molesto la atencion de esta ilustrada reunion, que tendrá en consideracion, ya que no soy un Ciceron, á lo menos mi intencion. Señores, en

conclusion, apoyo la proposicion, por ser más que de razon, que al punto, y sin discusion, cumpla con su obligacion ese novio remolon. — Bien! Bien! (Aplausos!) Pido la palabra. — Cliton! — Que es para una alusion... Tilin, tilin; atencion! — Concluyo mi narracion; diciendo que la nacion se encuentra en un apretón, y si el novio socarron, no quiere la bendicion, le arrimaré un torniscon. — Bien! Bien! (Aplausos prolongadísimos.) — No quiero vítores ni aclamaciones! (Se sienta el señor de los bigotes.) — El señor del lobanillo en la lengua tiene la palabra en contra. — Señores; acabada en fin; la peroracion esplin, de mi antípoda ruin, no debe á lo que piensa, mi sin igual magín, darla mano Terableque, á esa vieja Puercu-espín. — (Fuerte griteria.) — Que te he hecho, pueblo ingrato? — (Nuevos silvos.) Orden! — Pido la palabra. — La tiene el señor en pró. — No lo consiento. — Es una parcialidad. — Orden! — Aquí estamos cohibidos. — Es una tirania. — Tilin, tilin! — Que se me deje usar de mi derecho. — Señor presidente, órden. — Hablen todos y calle uno — Eso, eso. — Qué se dirá de nosotros? — Que digan. — Que nos contempla el mundo. — Mi palabra. — Tilin, tilin. — Señores; esta es una confusion una algarabia. Si así vamos, Dios salve mis cruzas! Y qué he sacado en limpio de mi debate? Nada. — Oh! si, una importante verdad; que entre casar me ó entrar en discusion, todo es peor; yo si antes que por solo casarme merecia una corona cívica, ahora la merezco con doble motivo. Hola! aquí está la corona. (Se la coloca en la cabeza.) Guapo! Parezo un autor de comedias, un hijo del Parnaso, un poeta coronado! Digámosla cantando al otro. (Quitándose.)

«Cuánto deslumbras, coronal!
Cuánto puedes! Cuanto alcanzas!
Cuántas son mi esperanzas!
Cuanto tu gloria te abona!
Cuánta cábala eslabona
alguno en tierra del Cid,
para con mísero ardíd
tocar su frente á tu encanto!...
Pero no se engría tanto
que en merecerte está el quíd.

ESCENA VI.

TEMBLEQUE y BERTRAN.

BER. Veré si el Conde... Mas qué miro?

TEM. (Ya la hicimos!)

BER. No sois el escudero de Ferrando?

TEM. No señor.

BER. Si, sois vos.

TEM. No señor.

BER. Cómo no?

TEM. No señor.

BER. El escudero que yo mismo amarré á la ventana de Elvira.

TEM. No señor!

BER. Con que os habeis fugado del subterráneo en que yo mismo os dejé encerrado?

TEM. No señor!

BER. Basta ya! Daos á prision!

TEM. No señor!

BER. Seguid por ahí, ó vive Dios que os paso de una estocada,

TEM. No señor!

BER. Ola! os resistis?... Quereis que os mate? (Sacando la espada.)

TEM. No señor!

BER. Encomendaos á Dios. (Va á cometerle.)

TEM. ¡Socorro, Urganda!!!

MUTACION.

Bertran se hunde. El salon se transforma en una delicioso bosque, que figura el templo del Dios Baco; en el que se vé al Dios Baco, rodeado de bacantes, sátiros, etc.

ESCENA VII.

TEMBLEQUE, EL DIOS BACO, bacantes sátiros.

TEM. Qué es lo que miro? Este es el paraiso terrenal ó las delicias de Jauja, ó cosa por el estilo! Y estas gentes, quiénes serán? Parecen de buen humor. Pues señor, no hay duda; seguramente yo me he muerto y he venido derechito á la gloria. Haréme el desentendido, no sea que al reparar en mí, se les ocurra echarme otra vez á la tierra con cajas destempladas. Adios, ya me ha visto. (*El Dios Baco y demas se dirigen á Tembleque.*)

BACO. Atrevido mortal, que estos lugares osiste traspasar sin mi licencia; quién eres, di?

TEM. Señor, un escudero víctima del capricho de un amante pobre y loco ademas; pues es probado que amante pobre es loco rematado.

BACO. Cómo has venido aquí?

TEM. Yo no he venido; que á decir la verdad, me han remitido.

BACO. Por mi fé, lo que dices no comprendo!

TEM. Será así; pues yo mismo no me entiendo.

BACO. Espícate más claro, ó por mi nombre...

TEM. Os diré la verdad; mas no os asombre! Tembleque Cerotipia fué mi padre; yo soy Medrana, Cerbellin mi madre; mi tío, Jindama... y yo... sí... hablar no puedo señor... no lo extrañeis... me embarga el miedo!

BACO. Y qué quieres de mí?

TEM. Ser vuestro amigo.

BACO. Nada más?

TEM. Nada más.

BACO. A ello me obligo; y pues mi proteccion has invocado, y mi franca amistad te he dispensado, te convidó á gozar hoy de la fiesta que para culto mio está dispuesta. Dadle una copa.

TEM. Venga, voto á Baco!

BACO. Ese soy yo!

TEM. Señor! (*Cayendo de rodillas á sus pies.*)

BACO. Aíza, bellaco.

Apura del licor la esencia grata:
las duras riendas del placer desata.
Ea, bacantes, que reine la alegría
y todos sea placer en este dia.

(*Los bailarines rodean á Tembleque y le hacen beber.*)

CORO BAILABLE.

Viva el Dios Baco,
viva decid!..
Paz y alegría,
Gloria sin fin!..
Gloria á su nombre
por años mil,
viva, que plácido
nos da la vid.

ESTROFA. Qué grato placer
no inspira la bella,
que tierna querella
oyendo de amor,

nos brinda en su seno
ansiado y divino
la copa de vino
que el labio tocó!

CORO. Viva el Dios Baco, etc.

(*Concluido el coro y el baile se marchan danzando los sátiros, las bacantes y el Dios Baco.*)

TEM. Este el mejor traspaso que me ha ocurrido, desde que mi futura me trae al retortero. Ola! Se concluyó! Oigan sus señorías... otro ratito de jaleo... Todo se me anda... Firmes! Por aquí se fueron; no, que fué por allí... Que se paren estos pámpanos, para que yo pueda ir por mi camino!.. Ya está, de frente... marchen! Ram, tam, plam, plam... (*Vase tropezando.*)

MUTACION. Salon corto

ESCENA VIII.

URGANDA y ELVIRA.

URG. Elvira, sosiéga.

ELV. Señora, no puedo,
Las penas amargas
que afligen mi pecho
clavándole impias
mil dardos acerbos,
no dejan, señora,
lugar al contento.

URG. Me duele tu pena,
mi Elvira, en extremo,
mas no de ese modo
que sufras apruebo.

ELV. Ferrando!...

URG. Ferrando.
devora en silencio
tambien su pesares.
Mas ya que el adverso
destino, ha querido
salir al encuentro
de nuestra ventura,
tomad mi consejo

ELV. Que olvide á Ferrando?

URG. No; pero ese intenso
dolor que te aqueja
desecha...

ELV. No puedo...
Que dentro del alma
con tanto embeleso,
con tanto delirio
y afan, ay! tan tierno,
le tengo grabado,
que en valde el empeño
seria de arrancarlo
de aquí... de su imperio.

URG. Con todo, si el conde...

ELV. Que venga; no temo
ni su ardiente furia
ni el vil desenfreno
con que quiere torpe
mandar en mi pecho;
me inspira tal odio...

URG. Elvira!

ELV. Primero...
no sé... (suerte insana!)
mi muerte consienta,
que amar á ese Conde.

URG. Con todo, no es bueno

que tanta dureza
uses con su ruego.

ELV. Ha poco que al verle
junto á mi soberbio,
hablando liviano
de amor... Sacrilegio!
por poco sus labios
para siempre sello.

URG. No debes, mi Elvira...

ELV. El fué, quien perverso
robó aquesta triste
la calma y sosiego!
El fué quien alevel!..

URG. Más piensa primero
que está tu Ferrando
en sus redes preso,
y si le exasperas...

ELV. Seguid... me estremezco...
Ferrando...

URG. Irritado
quizá el conde, ciego
intente...

ELV. Matarlo?

URG. Sin duda.

ELV. Ay! Comprendo.
Mas vos, no podeis
salvarlo?

URG. Lo ofrezco.

ELV. Mi vida ya es vuestra.

URG. El Conde!

ELV. Me alejo (Vase.)

URG. Si, pronto. Ya llega;
su faz observemos.

ESCENA IX.

URGANDA y el CONDE.

CON. Quién estaba contigo aquí, dueña? Era mi Elvira?

URG. La misma.

CON. Oh! felicidad! Y qué has alcanzado de ella?

URG. Mucho, señor; Elvira ya os mira sin repugnancia, y
tengo seguras esperanzas de que pronto, muy pronto se
rendirá á vuestro amor.

CON. Qué ventura! Corro á hablarla

URG. No, esperad; tengo que revelaros un secreto impor-
tante; hace pocos momentos, estando á solas en mi cuar-
to, entré Bertran, vuestro escudero, y confidencialmen-
te me dijo, que se le habia aparecido en la cueva, la
sombra del rey don Alfonso.

CON. Dueña!..

URG. Como lo ois; y le dijo que estaba en su mano hacer os
desaparecer como el humo; que poseia todos vuestros
secretos... y le habló además de una Urganda...

CON. Urganda?

URG. La Desconocida.

CON. Acaba.

URG. De una guerra sin trégua que vos y esa Urganda os
haciais; de no sé qué aventura con un tal Amadís de
Gaula, y cierto hechicero llamado Arcalaus...

CON. Arcalaus?

URG. Sí, le conocéis?

CON. No.

URG. Pues la sombra le aseguró que érais vos mismo.

CON. Yo? Qué locura!

URG. Verdad que lo es? Y además, le dijo: no le temas hoy,
porque desde la víspera del día de San Juan que esta-
nos pasando, ha-ta sonar la última campanada de las
doce de la noche, no tiene poder ninguno, es igual á otro
nombre cualquiera.

CON. (Estoy perdido.)

URG. Añadiéndole, que si en este día, al toque en punto
de las ánimas, vuestra rival .. esa Urganda á quien tan-
to odiais, lograba recibir la bendición nupcial, para lo
cual estaba concertada con el escudero de ese Ferrando,
desapareceria para siempre vuestro mágico poder.

CON. Oh! Basta! Basta!

URG. Pero como podeis calcular, yo no debia creer tales
supercherias, y no las he dado crédito.

CON. Has hecho bien.

URG. Ahora quiero ir yo misma á ver á vuestra Elvira, y
á hablarla de vuestro amor, á alhagar su corazón con
vuestras dádivas, para que se rinda á vuestros deseos.
(Vase por donde se marchó Elvira.)

CON. Qué me sucede?... Están descubiertos todos mis se-
cretos! Ah!.. Alfonso!.. Pero ese escudero...

ESCENA X.

El CONDE, y BERTRAN por la derecha.

BER. Señor!

CON. Ah! Bertran!.. A buen punto has llegado.

BER. En qué puedo servirlos?

CON. Dime, es cierto lo que has referido á la dueña sobre
la aparición del rey don Alfonso?

BER. Cierto, señor.

CON. Es necesario á toda costa apoderarse del escudero de
ese Ferrando.

BER. En este momento se encuentra en la galeria del cas-
tillo, burlándose de nosotros y despreciando vuestro
ómnio poder.

CON. Estará favorecido por esa Urganda! Pero no importa;
sígueme, yo le haré desaparecer para siempre.

MUTACION.

El teatro representa la galeria final del acto primero.

ESCENA XI.

TEMBLEQUE, con una bota de vino; ELVIRA, y despues el
CONDE, BERTRAN, soldados y escuderos del Conde.

TEM. No hay miedo, Elvirita, nada teneis que temer, por-
que yo soy un maton.

ELV. Ferrando!..

TEM. Ferrando, sigue preso y sin cabeza.

ELV. Cielos!..

TEM. No os asusteis, porque le falte la cabeza: ha sido un
percance que él mismo no ha podido evitar.

ELV. Cómo?

TEM. Que está loco, y ha perdido la chabeta.

ELV. Pero sigue preso aun?

TEM. Toma que toma! Y estará hasta que yo tome pose-
sion de mi nuevo estado. Mi futura, no fiándose de mi
palabra, lo tiene allí en rehenes.

ELV. Callad, que se acerca el Conde!

TEM. Qué Conde ni calabaza. Os vais?

ELV. Sí. (Vase.)

TEM. Pues salud y pesetas. (Se oyen cajas y clarines den-
tro.) Que vengau; aquí les aguardo; no les temo.

BER. Miradlo; allí esta!

TEM. Aquí estoy, si, aquí estoy.

CON. A él!

TODOS. A él!

TEM. Socorro, Urganda! (Van á dirigirse para apoderarse
de Tembleque, y á la voz de «Socorro, Urganda,» se
convierte la galeria en el castillo del primer acto, que-
dando encerrado el Conde, Bertran y los soldados, y
Tembleque á la parte exterior.)

MUTACION.

Todos. Qué es esto?

TEM. Já, já, já! Salid fuera cobardes! No sois valientes? Aquí os espero!

BER. Le favorece el demonio!

TEM. Es envidia ó caridad? Já, já, já!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala de paso del Castillo de Fraga con una trampa en medio del tablado, que permita bajar por ella á dos personas.

ESCENA PRIMERA.

URGANDA y TEMBLEQUE.

TEM. Si viérais qué comprometido me vi!

URG. Con que te perseguían?

TEM. Como que ya me tenían entrecogido, hasta que acordándome de vos, dije, «Urganda!» y pataplum! en un abrir y cerrar de ojos me encontré fuera del castillo.

URG. Ya ves si es grande mi poder!

TEM. Si que lo es.

URG. Con que está noche...

TEM. Es la noche de las noches...

URG. Ay! (Mirando á Tembleque con coqueteria y suspirando)

TEM. Qué es eso, os habeis lastimado?

URG. Qué si me... ay!.. no seas ingrato!

TEM. Coquetilla también? Pues estoy aviado! Dios me dé fuerzas, que bien las necesito! Pero vamos á cuentas, mi buena Urganda. No habeis podido encontrar otro esposo más á propósito que yo? Figuraos que hago muy mal casado; figuraos que he de sacudir de firme á mi cara mitad; que no he de darla para comer, ni para vestir, ni la dejaré salir á la calle, ni... (nada... no dá lumbré.) Y á todas estas figuraciones, añadid la de que cuando me enfado, soy un tigre, que muerdo y araña, y destrozo cuanto se me pone por delante!

URG. Ola! Quieres retraerte?..

TEM. Retraerme?... Quia! Ni por pienso! Trataba solamente de presentaros un programa de vuestra vida futura, para que nunca os llameis á engaño; pero una vez que admitis sin escrúpulos mis condiciones, marchemos, y yo el primero, por la senda matrimonial.

URG. Muerte me agrada veros tan complaciente; todo se encuentra dispuesto, de manera que á la primera campañada de las ánimas, nos echarán la bendición.

TEM. (Sudores me dan de muerte!) Y despues, qué haremos?

URG. Despues... (Ay, qué rubor!) Cenaremos alegremente; beberemos un par de copitas de aquel vinillo añejo que tanto os gusta... y...

TEM. Si, que me gusta! Y á propósito, señora mia, no fuera mala cosa un trinquis fortis, antes del sacrificio; ¿no os parece bien pensado? Esto confortaria un tanto mi abatido espíritu... (y me ayudaria á pasar con resignacion el trago amargo que me espera.)

URG. Qué no haré yo por dar gusto á mi deseada y apetecida cara mitad? Pero para complacerte tendrás que bajar conmigo á la bodega.

TEM. Por eso no hemos de ceñir; bajaremos aunque sea al infierno! (Digo, no; eso seria bajar demasiado.)

URG. Pues acércate aquí: levantaremos la trampa. (La levanta.)

TEM. Con mucho gusto! Cuerno, y que oscuro está esto!

URG. Hijo mio, á buen bocado, buen grito!

TEM. Ya lo veo.

URG. Vamos, baja delante, y me darás la mano á fuer de galante caballero.

TEM. Con mucho gusto. (Uy, y á esto se le llama mano! Parece un manojo de espárragos!)

URG. Que murmuras entre dientes?..

TEM. Yo, nada. Encanto mic, bajemos.

MUTACION.

Decoracion de bodega caprichosa, á gusto del pintor, en el teatro se ven colgados ligartos, cocodrilos, etc. Un alambique, varias redomas; huesos y calaveras de muerto: en medio del teatro, una escalera de ciracólrstica, que se pierde en las bambalinas — Una mesa, dos sientos rústicos. Un estante en el que hay varios platos, fuentes, botellas, manteles, servilletas etc. En el momento de subir el telon para esta mutacion, se ve bajar de las bambalinas por la escalera á Tembleque y á Urganda que no hablarán hasta salir al tablado.

TEM. Sabeis que es cortita la escalera?

URG. Setenta y dos escalones?..

TEM. Como quien no dice nada!

URG. Tan jóven y os quejáis!.. Qué hariais con once siglos á cuestas?

TEM. No, no; si yo no me quejo.

URG. Vamos, qué te parece mi bodega?

TEM. Que está muy bien provista... solo que... Calla! Cuantos huéspedes estraños! (Reparando en las calaveras.) Decidme, señora mia, qué papel hacen aquí esa calaveras?

URG. Esas calaveras son las cabezas de otros tantos escuderos que se han negado á recibir mi mano en matrimonio.

TEM. Zambomba!

URG. Con que ya sabes la suerte que te aguarda, si llegas arrepentirto.

TEM. Quiá! no, si yo estoy contento, muy contentísimo (como si me ahorcaran!)

URG. En pago de esa galanteria, quiero darte á beber un nectar delicioso, que está reservado exclusivamente para el conde!

TEM. (Todos los pícaros tienen fortuna.)

URG. Qué decias?..

TEM. Que me agradará probar ese nectar! (Urganda dirige al hogar durante el diálogo de Tembleque, y desuelga el candil para llevarselo.) Dios mio! La carne se me despega de los huesos segun se vá acercando la hora.

Ah, palabra empeñada! Qué será de mi esta noche? Pasarán las bendiciones y luego... luego... Triste de mí! Cerramos un velo sobre cuadro tan lastimoso!

URG. Espérame aquí.

TEM. Que no tardeis mucho.

URG. Vuelvo al momento. (Vase llevándose el candil, queda la escena completamente á oscuras.)

TEM. Qué es eso? Me dejáis á oscuras?... Esperad!... Échale un guiño! No, pues yo no me quedo aquí solo sin luz y sin moscas, como suele decirse... Una luz! (La peña que hay á la izquierda sale una culebra con una luz en la boca.) Ajaja! Ya esto es otra cosa. Zapal Guapo! (Respirando en la tumbra que se ha encendido.) Con luz y con lumbré no se está aquí del todo mal; y á esto se añadiera un poco de comestible, esperaria el signado la vuelta de mi futura, porque la verdad es, se me ha despertado el apetito; pero supuesto que dice refran que «á falta de pan, buenas son tortas» y ya me veo privado de suministrar de pasto al estómago, lo haremos al entendimiento, entreteniéndole con diversas curiosidades que embellecen este recinto: Vamos!... (Se dirige á uno de los letreros que hay en

telon.) Ola, signos romanos!... No soy erudito. «Epitafio.» Vaya, esto está en cristiano.

Aprende, mortal, de mí lo que va de ayer á hoy, ayer carne humana fui, hoy ni aun pergamino soy.

Con eso se ahorra de verse reproducido en tambor, ó zambomba, ó cosa por el estilo. Pasemos adelante. Este está vacío! Sigamos la procesion.

Aquí yace por su mal un escudero tainado; murió por no haber tomado estado matrimonial.

Para el pícaro que rehuse casarse! No seré yo ciertamente, y eso que bien reflexionado, se necesitan agallas para apechugar con la prójima... Pero advierto que se prolonga demasiado la ausencia de mi futura, y esto no me dá muy buena espina!... Si querrá jugarme alguna mala pasada?... Ah! no, volvámosla su crédito; aquí está ya; ola! y acompañada!... Quién será este prójimo?

ESCENA II.

Dicho, URGANDA y CABEZA-DURA:

URG. Te cansabas ya de esperarme?..
 TEM. No... sino que... decidme, esposa-mia, quién es ese adlátere que os sigue la cola?
 URG. Celosillo también?... Mucho me agrada...
 TEM. No es que yo desconfie de vuestra...
 URG. Sigue!...
 TEM. De vuestra acreditada pareza... de vuestra buena opinion y fama... os he preguntado por mera curiosidad.
 URG. Y yo quiero satisfacerla. Ese que ves ahí, es el sin-par Cabeza-dura, encargado de la custodia de estos lugares; comisionado además de descuartizar los cadáveres que aquí son conducidos, y de purificar sus huesos en el alambique para su eterna conservacion!
 TEM. Pues no es mal destinto! (Con mucha sorna.) Es una alhaja el señor Cabeza dura.
 URG. Aquí te presento el licor que te habia ofrecido; prueba á ver que te parece (Dándole una copa que apura Tembleque.
 TEM. Delicioso! Ajajá! esto reanima y conforta el espíritu! Dulce producto de la verde cepa, grato embeleso del que está aburrido, vital contento de mi padre Baco, Copa de vino!
 Si de mis ganas el afán supiste, tú que otras veces la mi sed calmaste, oye, no temas, y á mis labios toca, Toca que muero. (Bebe.)
 Venga otro poquito!
 URG. Tama la pelleja, que para tí la he traido. (Dándose-la; dos esqueletos cubren la mesa.)
 TEM. Así los dioses con amor benigno, Cuiden que nunca la su pez se junta Ni que el invierno desabrido arroje Nieve á las viñas! (Abrazando la pelleja.)
 Otro poquito. (Bebe.)
 Jamás consentan que la nube parda Cuando amenace en la elevada cumbre Moje el sarmiento, ni su mal granizo Que me sus hojas.
 Otro poquito. (Bebe.)
 URG. Vamos, basta por hoy, que suele subirse á la cabeza!
 TEM. Verdad que siento un calorillo y un... Brrru!...
 URG. Rivento di forti.
 TEM. Estás contento?
 URG. Mucho!

URG. (Reparando en la mesa.) No lo estoy yo menos al ver el tierno cuidado que empleas en compacerme. Veo con gusto que no has perdido el tiempo durante mi ausencia, y te doy gracias por la grata sorpresa que me has proporcionado.

TEM. Yo?... No entiendo por qué lo dices!

URG. Mira (Haciéndole observar la mesa servida.)

TEM. Cáspita! Una magnífica cera... A buen tiempo viene! (Pero señor, quién de:nonios!.. Si cuando entramos aquí no habia nada!... Esto es brujeria!)

URG. Vamos, no tengas escrúpulo... acércate.

TEM. Si he de deciros la verdad... el vinillo me ha fortalecido, de modo que parece he comido un toro; no obstante, veré si entre los platos del convite hay algo que me agrade, en cuyo caso, os aseguro no quedará desairado!

URG. Aquí descubro un hermoso pavo relleno.

TEM. Pavo! No es el manjar que más gracia me hace!

En materia de aves, estoy por el jamon!

URG. Pues hijo mio, no hay otra cosa.

TEM. Entonces, prefiero no tomar nada. Pavo! Pavo! hasta el nombre lo tiene!... Y luego á saber por quién estará aderezado; por ese Cabeza-dura, descuartizador de carne humana... Nada.. nada, agárrome á mi pelleja, y aquí me las den todas.

URG. Pues una vez que no tienes apetito, marchémonos cuanto antes, que están al caer las siete, y no falta mas que una hora para que tenga lugar la ceremonia.

TEM. Vamos andando!

URG. Alumbra, Cabeza-dura (Cabeza-dura, que tiene el candil en la mano, echa á andar, y al pasar por delante de Tembleque le hace una cortesía)

TEM. Nada, sin cumplimientos! Pase usarcé delante!

URG. Ten cuidado al subir la escalera, que está muy pendiente, y tu cabeza no se encuentra muy segura!

TEM. Cómo que no? Ahora vereis... Venga esa mano (Uy! qué dátiles, parecen látigos!)

URG. Señor Tembleque. (Reprendiéndole.)

TEM. Ya me callo. (Se dirige á la escalera.)

Empiezan á subir por la escalera; repitiéndose el juego anterior al revés; cuando el público ve llegar la primera figura á las bambalinas, se hace la MUTACION. El teatro representa el salon corto en que ha empezado el acto.

ESCENA III.

CABEZA-DURA, TEMBLEQUE y URGANDA.

TEM. Sesenta, sesenta y uno y sesenta y dos. Ya estamos arriba. Vaya un egercicio... para los calos escuanto cabe.

URG. Ya puedes marcharte. (A cabeza-dura que obsdece.)

TEM. Vaya usé con Dios Decid, querida consorte mia, no sabe hablar mas que eso, ese señor de la cabeza dura?

URG. Por qué lo dices?

TEM. Porque es muy elocuente en sus discursos. (Con ironia.)

URG. Si es mudo el pobre!

TEM. Vaya, pues entonces no tiene el demonio por donde desecharle...

URG. Déjate de tonterías, y vamos á lo que importa; antes de nada, vete á aderezar un poco, para presentarte decente en la ceremonia, y en seguida irás á esperarme en el pórtico de la Iglesia.

TEM. Pues qué, no vamos juntos?

URG. No; pero pierde cuidado, que no me haré esperar mucho tiempo.

TEM. Vamos, ya comprendo! Ireis también á ataviaros?...

URG. Ay, esposo mio!... mis atavíos no consisten en las pompas mundanas que aprecia la multitud! Atien-

de bien cuanto voy á decirte! Toma este bolsillo; en el momento que nos echen la bendicion nupcial, depositarás sobre el altar este dinero.

TEM. Muchos son para derechos. Ah! vamos, serán en proporcion de los años. (Si así es, aun me parecen pocos.)

URG. Mentecato!

TEM. Gracias por el favor! (El reloj dá las siete.) Una.. dos... cuatro... seis... siete... las siete.

URG. Una hora falta; dáte prisa.

TEM. Vamos allá. (Al acercarse la hora, tiemblo como un azogado... Y cómo me atrevo á decir que no, después de lo que acabo de ver ahí abajo?... No es cosa... Y que luego viniera el señor Cabeza-dura á ejercitar su comision en mis queridos miembros!... Como ha de ser! Pecho al agua!) (Urganda le hace señas para que se marche.) Ya me voy, ya me voy!

URG. Era forzoso alejarle. Aquí se acercan Elvira y el Conde... penetro cuáles son sus intenciones...

ESCENA IV.

URGANDA, ELVIRA, despues el CONDE, derecha.

ELV. Urganda! Urganda! Favorecedme del conde!

URG. Del Conde? Infame!

ELV. Me amenaza con dar muerte á Ferrando esta noche en su calabozo, si no me decido hoy mismo á ser su esposa.

URG. Ya lo sabia; pero no conseguirá sus malvados intentos! Marchaos por aqui.

ELV. Pero y mi Ferrando? (Fase izquierda.)

URG. Vivirá, id descuidada. Ahora, comencemos la lucha terrible!... Lucha de igual á igual.... de vida ó muerte!

CON. Elvira! Dónde está?...

URG. Yo no sé nada!

CON. No ha entrado aqui Elvira?

URG. Os engañasteis.

CON. No me he engañado, no; en dónde se halla?

Mis ojos no mintieron; yo la he visto.

URG. Si la has visto, por qué con furia tanta os dirigis á mi? Seguidla presto; seguidla por do quier hasta encontrarla, y que pasto brutal al punto sea de la pasion que vuestro pecho inflama!

CON. Me reprendes aun? Y lo soporto?

Y sufre mi altivez que una menguada torpe sirviente, mis acciones juzgue y á su placer medite contrariarlas?

En dónde Elvira está, responde prontol.

URG. Quise que agora vuestro amor burlára, y que aumentando vuestro afan lascivo creciera al mismo tiempo vuestra rabia.

CON. Tu muerte has decretado! (Echando mano al puñal)

URG. No te temo!...

El momento llegó de mi venganza!

Fingido Conde, véis cual saboreo los tormentos sin fin, que allá en tu alma

le sabido agitar? No ves en esto

un poder invisible que avasalla

tu altivez y tu orgullo? Te he vencido!...

Caistes en el lazo...

CON. Basta, basta!!!

(Horrorizando va á acometerla con el puñal.)

URG. Esconde ese puñal; no me intimida

aquese alarde de impotencia vana.

(se le cae el puñal.)

CON. Aqui un infierno en mi cabeza sientol

Los tormentos del Etna aqui me abrasan!

Mi pecho y mi cabeza convertidos

en un volcan, parece que inhumana, razon y sentimientos, todo... todo... una mano de hierro lo desgarrá.

URG. Hora de espacion!...

CON. Mas tú, quién eres?

URG. Vas á saberlo al punto... (Con mucha ironia.)

CON. Dilo; acaba!

URG. Hora por hora tu suplicio aumenta; hora por hora tu penar se agranda, y en verte padecer se regocija esta que miras, cual si fuese esclava.

CON. Espiritu infernal, ó lo que seas, di quién eres, é teme mi venganza!

URG. Quién soy saber intentas?...

CON. Prontol!

URG. (transformacion del traje de Urganda.) Mira!

Mírame bien, si; soy Urganda!

CON. Urganda!

URG. Urganda, si; la que aborreces con todo el corazon, y ella te paga; Urganda y tú, Arcalaus, que transformado en Conde de Lerin, esta comarca tiranizando estás... Sabes acaso... (pero no lo sabrás) en dónde se halla el Conde verdadero á quien robastes su título y figura con tu magia? Pues vive todavia, socorrido per mi en la cuna...

CON. Pero vive? Oh rabial!...

URG. Vive, aunque ignora su prosapia ilustre.

CON. No se lo digas, no; mira á tus plantas prosternado mi orgullo. Qué mas quieres?

URG. Arrodillado tú...

(Mirándole y con sumo desprecio.)

CON. Me despedaza esa risa infernal!... Urganda, cesa, cesa ya de humillarme. No te basta el vorine arrodillado,

URG. Del suelo alza, miserable hechicero. No recuerdas los crímenes sin fin, el odio y saña que siempre me has tenido? Cuando libre te viste por tu esposa, allá en Subiana, de la jaula de hierro, en que te puso por mis designios Amadis de Gaula, jurastes mi esterminio; y desde entonces ¿qué has perdonado por vengarte? Nada! Recuerda nuestra historia de hace siglos, recuérdala, y veras la lucha aciaga que un dia y otro nos hicimos, ciegos de có'era y rencor. Nunca saciada tu sed de sangre, de esterminio y luto has buscalo más sangre, nuevas plagas conque al mundo afligir, y de los hombres acabar iracundo con la raza.

Por tu causa la muerte ha recorrido con torvo ceño lo mejor de España, el espanto sembrando, y de sus hijos diezupándole la flor, en las batallas. Inspirado por ti, siguió Rodrigo sus funestos amores con la Cava... Y á la orilla del lento Guadaleto ayudaste las armas musulmanas, que en fiera lid dejaron á los godos sin imperio, sin rey y hasta sin patria.

CON. Basta; no sigas, no.

URG. Si has de escucharme

CON. Pues bien, Urganda; truene tu venganza!

Siga la horrenda lucha que constante contigo tuve, siga; empero aguarda,

aguarda á que recobre el poderio de mi invencible y destructora magia, Cuatro horas lo mas; que el dia pase, espera, de San Juan... Yo tu arrogancia entonces venceré... Si, te aborrezco; es un odio mortal el que arrebató mi pecho contra tí... No me provoques, guárdate... guárdate de mí!...

Ung. No sé si lástima me inspira ó furor! Mira ese libro; lee esa horrible y misteriosa página. Lo que plugo al destino haber escrito sobre tí y sobre mí... léelo... « Si Urganda se casa en esta noche, al mago vence; pero si no, es vencida.»

Con. Mas te casas?...

Urg. Si.

Con. Imposible!

Urg. Me caso luego; al toque en punto de las mismas ánimas.

Con. Espera. Qué destello! Se frustraron cual el humo fugaz tus esperanzas. Aun tengo en mi poder al rey Alfonso, al rey batallador; su sombra vaga penando en el castillo, y tu no puedes humillar mi poder, hasta que salga ese rey de su estado... Te he vencido; te he vencido, muger. Oh! si: bien haya el momento feliz en que á sus tropas el robo de Sahagun con mano airada entonces inspiré!... Y en tanto el tiempo pasará...

Ung. No conoces donde raya tu triste porvenir. Mi esposo mismo esta noche poniendo al pié del ara el importe del robo, restituya al templo Sacrosanto sus halbijas del coro celestial, y del eterno el premio cobrará de mil hazañas. (Vase)

ESCENA V.

EL CONDE, solo.

Qué me sucede? Lo que ha dicho me es forzoso aclarar! En mi desgracia, aconséjame tú, rey del abisino, ábrete infierno! Ábrete á mis plantas! El Conde se unde

MUTACION.

Decoracion de infierno.—En el fondo de la decoracion hay un letrero con caracteres de fuego que dice: «si Urganda se casa en esta noche, al mago vence, pero si no es vencida!» Cuatro demonios sacan al Conde, y le señalan el letrero, el Conde queda abatido y en seguida coro y baile infernal.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una barberia pobre, del gusto del siglo XII. Puerta al foro, y laterales: una citara, navajeros, paños, y demas trastos propios. Al levantarse el telon, se oye un canto que pasa por la calle.

ESCENA PRIMERA.

SUPPLICIO, maestro de Barbero; despues TEMBLEQUE: se oye cantar dentro la siguiente:

«La noche de Navidad se pelan pavos en casa,

y la noche de San Juan pelan las niñas la pava.»

SIM. Este es el mundo! Unos se divierten, otros cantan, rien, y yo, pobre de mí, rabio y me desespero. Triste vida es la de un rapa-quijadas, y solteron, por añadidura! Digalo esta noche, la de San Juan precisamente; mientras todos los mozos obsequian con cantinelas á sus queridas; yo tengo que pasarla aguardando á los parroquianos, esclavo del jabon y el agua caliente. ¡Pues no, vive Dios! Ahora mismo voy á largarme de bureo! Quitaré los cancelles y cerraré la puerta, que el pájaro que no ha caido á estas horas... (al dirigirse á cerrar la puerta sale Tembleque.)

TEM. Buenas noches, maestro.

SIM. En qué puedo servirlos, señor Hidalgo? Qué se ofrece?

TEM. Vengo á que me deis una mano de rasura ligerita, que se hace tarde, y me esperan á las ocho en punto.

SIM. Ola! Tan preciso es el negocio? (Disponiéndose á coger los paños, etc.)

TEM. Friolera! Cómo que á esa hora en punto, han de echarme la bendicion nupcial.

SIM. Calla! vais á casaros!

TEM. Asi como suena.

SIM. Ay! que feliz sois, compadre!

TEM. Mucho, muchísimo!

SIM. Supongo que será guapa la novia?

TEM. Pfi!... Es regularcilla.

SIM. Qué feliz! Qué feliz! Y es jóven?

TEM. Una criatura!

SIM. Qué felicidad, amigo mio!

TEM. Mucha.

SIM. Quién estuviera en vuestro lugar!

TEM. Lo deseais, eh?

SIM. Con toda mi alma! Debe ser una cosa tan dulce el matrimonio! Cincuenta y dos años tengo y aun no me ha sido dado disfrutar de las delicias conyugales! Lo repito, cualquier cosa daría por encontrarme en vuestro lugar.

TEM. Tambien daría yo algo por encontrarme en el vuestro.

TEM. Sí... pero yo aprecio mucho mi vida de soltero!... Eso de encadenarse para toda la vida... vender uno mismo su libertad...

SIM. No lo entendeis, compadre! Dónde hay cosa mejor que un casado? Tener siempre á su lado una muger. joven, hermosa... que le mime... que le alhague... que le contemple... debe ser delicioso.

TEM. Vaya, pues una vez que tanto os entusiasma la vida matrimonial, hagamos un trato:

SIM. Y cuál?

TEM. Id á casaros por mí.

SIM. Pero cómo?

TEM. Muy facilmente! (A ver si se le endosa.) Poneos mi traje; ílegais á la Iglesia, os ocultais la cara con el pañuelo, pretestando que os duelen las muelas, presentais la mano á la novia, y os casais en lugar mio; eh! qué le parece?

SIM. No me parece mal; pero vamos á cuentas; me habeis dicho que la novia es guapa.

TEM. No, poco á poco... os he dicho que era regularcilla... nada mas que regularcilla!

SIM. Eso es decir que no es guapa!

TEM. Yo os diré... Su cara no es maleja; pero tiene una pequeña falta.

SIM. Y qué falta?...

TEM. Es un poquito calva... y luego un tanto pronunciada la nariz.

SIM. Entonces, son dos faltas.

TEM. No, falta es la del pelo; lo de la nariz es sobra.

SIM. Bueno; pase en cuanto á la hermosura. Me habeis dicho tambien que es jóven.

TEM. No, no... os he dicho que era una criatura.
 SIM. Bien, es igual!
 TEM. Si, que es igual; una criatura que podrá tener ahora, todo lo más... unos...
 SIM. Diez y seis? (Muy alegre.)
 TEM. No... A ver si lo acertais?
 SIM. Veinte? (Id.)
 TEM. Más (En tono zumbon.)
 SIM. Treinta? (Cada vez más alegre.)
 TEM. Un poquito más.
 SIM. Vain s, la edad de nuestro Señor! Treinta y tres.
 TEM. Mil y cien años! (Con voz de trueno.)
 SIM. Zambamba!!! Pero hombre, eso no puede ser. Once siglos!!! (Horrorizado.)
 TEM. Ni más ni menos.
 SIM. Bah! Quereis chancearos!
 TEM. Os he dicho la verdad!
 SIM. Ah! pues entonces no hay nada de lo dicho.
 TEM. Es decir que os volveis atrás!
 SIM. No señor; yo admitia el cambio con la condicion de que era joven y bella; no siendo ninguna de las dos cosas, estoy en mi derecho.
 TEM. Bien; como querais; vos os lo perdeis!
 SIM. Estimando, y que os haga buen provecho.
 TEM. Una vez que no quereis aceptar la felicidad que os propongo, despachadme prontito, que se va haciendo tarde.
 SIM. En un verbo. (Poniéndole el paño.)
 TEM. Con tiento, maestro, que tengo la barba muy delicada. (Dándole jabon.)
 SIM. No haya miedo; os desafío á que encontréis en esta villa de Fraga, otro barbero-cirujano-comadron dentista, con la mano más lijera, más lista, y más suave que la mia. Ahora vereis. (En este momento coje la navaja y se pone á afeitarse.)

ESCENA II.

Dichos y BERTRAN con ocho alguaciles á la puerta del foro.

BER. Aquí debe estar, segun todas las señas que hemos adquirido. Que se coloquen dos alguaciles en cada boca-calle para impedir el paso. si es que intenta escaparse. (Se van cuatro alguaciles por derecha é izquierda y Bertran y los cuatro restantes bajan á la escena.)
 SIM. Eh! Qué os parece? (Sigue afeitándole.)
 TEM. Una seda Canario! (Levantándose de pronto.)
 SIM. Qué ha sido?
 TEM. Un chulo! Que me habeis hecho!
 SIM. Eso no es nada...
 TEM. Nada, eh? Y me habeis destruido media quijada? San Cirilo! Qué ven mis ojos? (Se ha levantado para verse la herida y tropieza con Bertran.)
 BER. A él! Muchachos á él!
 TEM. No hay quién me favorezca? (Echa á correr por la puerta del foro y salen detrás de él Bertran y los alguaciles.)
 BER. Seguidle... que se escapa!...
 SIM. Y se vá sin pagarme! Eh! Eh! (Llamándolo.) Pero señor, qué trapisonda ha habido aquí? Qué ha pasado? (Cogiendo una tranca.)
 VOCES. (Dentro.) Mutadle! Prendedle! Atrás!
 TEM. (Saliendo.) Han tomado las salidas; estoy cercado por todas partes! Es imposible escapar!
 SIM. Ah, pícaro ladrón! Te ibas sin pagarme! Ahora lo verás. (Echando mano á una tranca y amenazando á Tembleque.)
 TEM. Soberro, Urganda! (Tembleque y el barbero se hunden cada uno por un escotillon.)

SIM. Ayl ay! ay!

TRANSFORMACION: La barberia se transforma al revés: es decir, lo de arriba abajo; y por el balcon que ha bajado á ocupar la puerta de foro, salen ocho Alguaciles y Bertran á la cabeza de ellos, con las cabezas abajo y los pies arriba: bailan una contradanza y cantan el siguiente coro: (música de la ópera Beatrice.)

CORO DE ALGUACILES.

Que me caigo, que me estrello,
 que me voy á marear!!!
 No puedo más. Tened piedad!
 Tened piedad!
 Por compasion, no puedo más.
 Tened piedad!
 Tened piedad!

MUTACION.

Salon corto en el castillo de Fraga.

ESCENA III.

URGANDA, ELVIRA.

URG. Sosiégate, Elvira.
 ELV. Urganda, no puedo!
 URG. De tanto quebranto la causa comprendo. Tambien esta triste lloraba en un tiempo de amor suspirando!... Qué grato recuerdo!
 ELV. Si así de mis ansias probasteis los lieros; si así suspirásteis cual yo, sin consuelo, sabreis mi de-dicha, sabreis mi tormento!
 URG. Dices bien, Elvira, pero tu Ferrando!... aunque gime preso, de ti no se olvida.
 ELV. Llevadme á su encierro, que yo pueda verle; hablarle es mi anhelo. Mis ojos ansiosos con los suyos bellos tropiezan do quiera, estáticos, llenos de amor y de vida, de encanto supremo; verle es mi delirio por solo un momento mirarme á su lado, mi vida os entrego.
 URG. Sosiégate, Elvira; descausa en mi celo; verás á Ferrando, yo te lo prometo.
 ELV. No me engañais!... Cuándo?
 URG. Ahora... al momento, pero es necesario prudencia.
 ELV. Lo ofrezco!
 URG. Si el Conde supiera...
 ELV. Dejad el recelo; llévame al instante que se pasa el tiempo, y en tanto mi amado gemirá sufriendo

las duras cadenas
que el Conde altanero
por baja venganza
á su amor ha puesto.

URG. Sígueme, no temas.

ELV. Gente llega.

URG. Presto. (Vanse.)

ESCENA IV.

GINES, DIONIS y GASTON.

GIN. Sabeis que si es cierto lo que Dionis nos ha contado, debe de haber algo sobrenatural en este lance?

DIO. Así pasó, ni mas ni menos que como lo he referido. Los pobres alguaciles se vieron precisados á bailar una contradanza cabeza abajo, capaz de estropear el estómago más robusto!

GIN. Parece cosa de hechiceria!

GAS. Artes del diablo! Tendrá tal vez pacto...

DIO. Pues como yo le llegue á echar la uña, no han de valerle pactos ni hechicerias. Pero hablando de otra cosa... ¿Sabeis para qué se ha mandado reunir el consejo?

GIN. Si no estoy mal informado, para juzgar al joven Ferrando!

DIO. Mala suerte le espera.

GIN. Por qué?

DIO. Porque el consejo resolverá á gusto del Conde, y ya sabeis que nuestro señor no es muy afecto á ese joven!

GIN. En nombrando al ruin de Roma... Aquí se acerca el Conde.

DIO. Y Bertran le acompaña. Mala cara trae; vámonos.

ESCENA V.

Dichos, EL CONDE y BERTRAN.

CON. Dejadnos solos.

ESCENA VI.

CON. Qué me dices, Bertran?

BER. La verdad, señor!

CON. (Ah! Urganda, Urganda!)

BER. Pero qué teneis? Estais descolorido, trémulo?

CON. No, no es nada. Has hablado con los jueces?

BER. Como ordenásteis se ha reunido el consejo, y os están esperando.

CON. Bien; puedo fiarme de ti?

BER. Disponed de mi vida.

CON. Voy á confiarte un secreto.

BER. Hablad.

CON. El destino, siempre injusto conmigo, ha dispuesto que cada año, durante el dia de San Juan que estamos atravesando, quede sin ningun poder mi mágica influencia; mas aún; si al toque en punto de las ánimas, mi contraria, la terrible y poderosa Urganda, recibe al pié del Ara la bendicion nupcial, restituyendo al mismo tiempo el importe de los vasos sagrados robados en el templo de Sahagun, desaparecerá mi poder para siempre. El esposo elegido por Urganda, es el escudero de Ferrando, y se encuentra en este momento en el pórtico de la Iglesia, esperando la hora en que debe tener lugar la ceremonia.

BER. Comprendo...

CON. Reune en el instante toda la gente de armas del castillo; vé con ellos al templo, y apodérate de ese vil escudero, encerrándole en las prisiones de por vida. Si logramos pasar el dia de hoy hasta el toque de ánimas, sin que se celebre el desposorio, mi triunfo es seguro. Valor y sagacidad.

BER. Descuidad, señor. (Vase Bertran.)

CON. Ahora, vamos al consejo! Con mi presencia será el golpe más seguro. Que sin justicia nada alcanzo dije el espectro; pues bien; todo lo conseguiré con ella. (Va á marcharse, y lo detiene la sombra de don Alfonso.)
Qué es esto?

ESCENA VII.

EL CONDE, y la SOMBRA por escotillon.)

SOM. Atras!

CON. Oh!... Maldicion! Alfonso es este!

SOM. Alfonso soy, si, Conde malvado!

Guárte de prostituir á la justicia
ni vilipendiar el nombre escelso
de aquel don celestial, que entre tus manos
depositó el Señor del universo!

Qué cuenta, dí, qué cuenta de la vida
y del honor darias, del desgraciado
que inocente confia

en un tribuno vendido y degradado?

Donde irian á parar plebe y señores

convirtiendo los Santos tribunales

en guaridas de viles saltadores.

La justicia, que emana de los cielos,

reside en la conciencia de los justos!

Ella penetra sin rencor ni miedo

del crimen las tinieblas; de ella sale

triumfante la verdad, pura y sin mancha.

CON. Espíritu infernal, ó lo que seas,
no me persigas más; tu aliento mata.

SOM. Márchome, aleve; quédate en mal hora
meditando más crímenes y estragos.

La eterna maldicion contigo queda!!!

Muy pronto acabarás, muy pronto, infame!

(Desaparece.)

ESCENA VIII.

(El Conde solo.)

La eterna maldicion!!! Yo la maldigo:...

MUTACION. Decoracion en los subterráneos de palacio, nombrado «Las Prisiones de por vida.»

ESCENA IX.

BERTRAN, CARCELERO y TEMBLEQUE.

TEM. Ay, ay, ay!

BER. No hay que gritar, adelante.

TEM. Si no veo gota; voy á romperme la crisma.

BER. Silencio!

TEM. Déjeme siquiera mover los labios, ya que no pueda mover otra cosa.

BER. Silencio, he dicho! (Gritando.)

TEM. Bueno hombre, no hay que incomodarse. Pero qué van á hacer conmigo?

BER. No tardarás en saberlo.

TEM. Ha sido una mala partida la que me habeis jugado!
Aprovecharse de mi sueño para robarme mi talisman!

BER. No haber dormido.

TEM. Y qué habia de hacer, si estaba aburrido de esperar? Quise entregarme un momento en los brazos de Morfeo para olvidar mis penas, y al volver en mi, me encuentro amarrado, atormentado, estrujado y hasta saqueado.

BER. Carcelero, no le perdais de vista. Me respondeis de este hombre con vuestra cabeza.

CARC. Descuidad.

BER. Yo corro á tranquilizar al Conde. (Vase.)

TEM. Decid, buen amigo, y aquí no se cena?

CARG. Aquí teneis medio pan, del que se amasa para los perros del castillo.

TEM. (Qué más perro que tú!)

CARG. Y un jarro de agua, fría como la nieve!

TEM. Por lo que voy viudo, vuestro amo no quiere que en su casa se padezcan indigestiones.

CARG. Oh! el amo!! El amo es muy generoso!

TEM. Si, ya se le conoce!

CARG. Vaya, que durmais bien, y sobre todo, guardad silencio!

ESCENA X.

TEMBLEQUE, solo.

TEM. Pues señor, heme nuevamente maltratado, encerrado, desorientado... muerto de hambre... chasqueado... y lo peor es que mi doña Urganda creerá que no quiero cumplirle mi palabra, y la pegará con Ferrando! Pobre amo mio! y pobre de mi, porque yo no espero salir mejor librado... Caracoles!... que habitan aquí unos huéspedes capaces de encender la sangre á un sorbetel! (Se oye ruido dentro.)

BRUJAS. Chis.... chis! (Dentro.)

TEM. Quién anda ahí?
(estornuda.) Achi Ya me costipé.

BRUJAS. Achi.

TEM. Dominus vobiscum!

BRUJAS. Exaudinos do miné.

TEM. Ola! tenemos responso?

Ay! qué miro? (Se en las brujas por distintos lados y le rodean.)

BRUJAS (Rodeándole.) Te pillé.

TEM. Qué es est? Qué significa?

BRUJAS. Que pagues ta avilantez.

TEM. Mi avilantez?

BRUJAS. Chito!

B. 1.^a Pronto, llevémosle á la sarten.

TEM. Quietas, quietas: por qué causa?

B. 1.^a Te parece poco, infiel! dejarle así abandonado?

TEM. Yo no la conozco á ucé.

B. 2.^a Y á mi, taimado?

TEM. Tampoco.

B. 2.^a Lo niega.

TODAS. Al fuego con él.

TEM. Eh! demonios, estaos quedas.

B. 1.^a Yo soy Urdá, su mujer.

B. 2.^a Miente la bruja, yo soy.

B. 3.^a Como se entiende? Mio es el escudero.

TODAS. Mio, mio!

B. 4.^a Nadie me toque al doncel que á mi sola partece.

TODAS. Fuera la bruja! ohé, ohé!

B. 4.^a Canalla!

TODAS. Bruja!

B. 4.^a Tabacosas!

TODAS. Jarambel.

B. 4.^a Vente conmigo.

TODAS. Conmigo.

B. 4.^a Noramala.

TEM. Qué Babel!

Calle una y hablen todas!

Digo, lo he dicho al revés.

TODAS. A mi me teca.

TEM. Silencio!

TODAS. Pido la palabra!

TEM.

Bien:

pues ya se van enmendando!

B. 1.^a No te recuerdas, infiel?...

B. 2.^a Has olvidado, traider?.

B. 3.^a Vas á negar, Lucifer? ...

B. 1.^a Que en tierno, amoroso lazo....

B. 2.^a Por siempre jurás ámen..

B. 3.^a Quedaste viuda conmigo?

B. 4.^a Conmigo!

TEM. Hé! yo no me he casado nunca.

TODAS. Como que no?

TEM. Ya se vé.

B. 2.^a Lo niega.

B. 1.^a Se ha retraido!

TEM. Qué es esc de retraer?

Cuidadito con la lengua no armemos aquí un Baleri.

B. 1.^a Manta, manta.

B. 2.^a A la caldera.

B. 3.^a A la fragua.

TODAS. A la sarten.

B. 4.^a Yo me opongo.

TODAS. Que se entienda?

B. 4.^a Yo le defiendo.

TEM. Muy bien:

B. 1.^a Hay una recalcitrante.

B. 2.^a Fuego en ella.

TODAS. (Le cojen todas.) Duro en él.

TEM. Ay que me pela! Urganda!

TODAS. Huyamos! Huyamos!

(Le sueltan y se van; transformacion; aparece un dragon echando fuego por la boca y les ahuyenta)

TEM. Bien!

Gracias á Dios que se fueron!

Voz. Mientes, mientes!

TEM. Otra vez!

Demonio, qué tropa es esta?

Voz. Tembleque!

Voz. No me conoce?

TEM. Ni quiero.

Voz. Acércate.

TEM. No hay de qué?

Voz. Vente conmigo.

TEM. Y á dónde?

Voz. Luego lo sabrás; ven, ven.

TEM. Pero á dónde?

Voz. Al otro mundo.

TEM. Me encuentro en este muy bien.

Voz. Obedece.

TEM. Que no, digo.

Voz. No te escaparás; á él!

TEM. Urganda, Urganda!

URG. Aquí estoy.

TEM. Sacame de esta mansion.

URG. Imbécil! Tu improvisacion

por poco nos pierde hoy.

Sígueme sin vacilar

por este estrecho recinto;

intrincado laberinto

tenemos que atravesar.

Si una palabra profieres

por esa senda encantada,

yo quedaré transformada

en piedra; pero tú, mueres.

TEM. Desconfiad, señora mia,

seré mudo, sordo y ciego! (Ruido en la izquierda.)

Gente il-ga!

URG. Vamos luego;

yo te serviré de guia. (Vanse.)

Urganda la desconocida.

ESCENA XI.

FERRANDO y ELVIRA por la izquierda.

FER. Elvira! Dulce bien! Cómo has podido penetrar hasta aquí?
 ELV. La buena Urganda, ablandada á mis lágrimas sin cuento, las puertas me franqueó!
 FER. Hermosa mía! Dueño del corazón! Con qué delirio te estrecho entre mis brazos amorosos, templando mi martirio. Que venga el Conde, venga si en tus brazos ha de encontrarme!..
 ELV. Dios! (Asustada por el ruido que se oye.)
 FER. Pero tu tiembblas?
 ELV. Ese ruido...
 FER. No escuchas un rumor?
 FER. (Ruido de armas.) Deja que vengan.
 ELV. Helos, helos aquí.
 FER. No temas nada.

ESCENA XII.

Dichos, el CONDE, soldados y dos Verdugos.

CON. Ferrando, en dónde estás?
 FER. Aquí, malvado!
 CON. Ese orgullo, insensato, te ha perdido...
 FER. No imploro tu perdón... Yo lo desprecio.
 CON. Confiado quizás en esa Urganda que tanto te protege?... Desdichado! Urganda ya acabó; su poderio he sabido frustrar; del templo santo arranqué al escudero, y ya su enlace no se ha de celebrar; el tiempo pasa, y es mio el triunfo al fin.
 ELV. (Corriendo á los pies del Conde.) Gran Dios!
 FER. (Queriendo detenerla.) Elvira!
 ELV. (De rodillas á los pies del Conde.) Piedad!
 CON. (Sin hacerla caso.) Ya basta!
 FER. Levanta, Elvira. (Queriendo interponerse.)
 ELV. No.
 CON. Llegó el momento

ansioso para mi de la venganza.
 Que perezcan los dos; pronto, llevadlos.
 (Los soldados se dirigen á Elvira y Ferrando para llevarlos á la picota.)

FER. Ah! para ella perdón! Y en mi descarga toda la furia, Conde. (De rodillas)

CON. No, que mueran.

FER. Maldición sobre tí!

(Se oye el toque de ánimas.)

ELV. (Queriendo abrazarlo) Ferrando!

FER. (Intenta hacer lo mismo.) Elvira!

CON. Las hachas descargad!

VOZ. (Dentro.) Muere malvado!

(Cae un rayo, y cambia el teatro en templo de Venus, la cual viene en un carro entre nubes, rodeada de ninfas y cupidos; se hunden el Conde y Be tran; los soldados y los verdugos desaparecen, y suben por el escotillon de enmedio, Urganda, lujosamente vestida, Cupido y Tembleque.)

VENUS. Y vosotros, amantes perseguidos al sacrosanto templo de himeneo venturosos llegad.

TEM. Amo mio!

URG. Elvira!

La bendición nupcial, al pié del ara, de tomar acabé; salvóse Alfonso. Y tú, Ferrando, escucha atentamente mis palabras. Hubo un niño que el conde fementido en la cuna robó, su nombre y fama; ese niño eres tú.

FER. Yo!

URG. Sí!

TEM. Conde! Mi amor!

URG. Y te lo debe á tí.

TEM. Viva mi Urganda! (Baile final.)

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.
 Es copia del original censurado

MADRID:—1865.

Imp. de A. Santa Coloma.

